

—Como guste vucencia, excelentísimo señor.

—Adios pues, y hasta la vista.

—Beso sumisamente las manos á vucencia.

El conde no detuvo á la mujer, como habia detenido al marido.

Anita gozaba de una excelente salud.

Le acompañó hasta la puerta.

—¡Sois divina!—la dijo el conde, rodeándola la cintura al llegar al pié de las escaleras.

—¡Por Dios!—exclamó Anita:—mi marido puede oirnos y vernos, y es celoso como un turco.

—Necesito entenderme con vos.

—Tiempo tendremos.

—Pues hasta la vista.

—¿Y cuándo?

—No lo sé: estoy en el Pardo de guarnicion.

—¡Ah! ¡qué fastidio!

Anita no podia ser más explícita.

Trataba al conde con una franqueza aterradora.

El conde comprendió que Anita estaba de su parte.

Que hablaba de buena fe.

En una palabra, que la habia flechado.

Además de que el conde para los amores ligeros tenia algo del dejarse ir de los hombres de mundo, le importaba dominar á Anita, para despejar por medio de ella aquella incógnita Calcorra, que le habia puesto en cuidado.

—Tendreis á lo ménos noticias mias,—dijo el conde.

—Convenido; pero no cometais imprudencia.

—Yo me valdré de una persona muy experimentada.

—Lo supongo; pero no nos detengamos más: mi marido puede sospechar.

—Adios, pues.

—Adios.

—¿Qué será esto?—dijo Anita, cerrando la puerta cuando hubo salido el conde.—¿Por qué Cosme, que es un lobo, se muestra tan servicial con este señor? ¡Y con un señor tan hermoso, y que parece tan llano y tan franco!

Anita suspiró y subió lentamente las escaleras.

En lo alto del segundo tramo estaba Calcorra.

Sus ojos centelleaban.

Su boca, entreabierta, estaba orlada de una especie de espuma.

—Tú habrás extrañado...—dijo á su mujer con voz ronca...

—En efecto: has estado como tú no acostumbras estarlo con nadie, con ese señor.

—Porque tengo razones para ello: el conde de la Salmedina es muy peligroso.

—¡Ah! ¡es el conde de la Salmedina!

—¡Le conocias!—exclamó con acento concentrado y trémulo Calcorra.

—He oido hablar mucho de él á doña Juana, mientras estuvo en casa.

—¡Mientras estuvo! ¡Mientras estuvo! ¡Como si no estuviese aún!

—Calla, que nos pueden oír,—dijo, poniéndose pálida.

—No, no; á mí no me oye nadie cuando yo hablo, sino el que está cerca de mí; pero yo oigo lo que se dice á alguna distancia de mí, aunque se hable muy bajo, cuando la distancia es, por ejemplo, como la que hay desde lo alto de las escaleras á la puerta de la calle.

Anita se puso vivamente encendida.

—Bien, bien,—dijo Calcorra;—no hay que temblar por esto; has hecho bien en halagarle: tú me has adivinado; pero que no recibas una carta de ese hombre sin que yo la lea, que no recibas ni un solo recado de parte suya sin que yo le conozca: engañaile, pero guárdate de que yo pueda tener, ni aun por sueños, la sospecha de que me has deshonrado.

—¡Oh! ¿Por qué decirme eso á mí, que soy buena y honrada, y que te amo con toda mi alma?

—Acuérdate, Ana.

La jóven bajó la cabeza y calló.

—Voy á acostarme,—dijo Calcorra;—yo estoy malo; esto es más grave que lo que parece: yo no me he quejado, he hecho de tripas corazón, pero ya no puedo más.

Anita no se atrevió á decir una palabra.

Calcorra se dirigió con paso vacilante á la puerta de su gabinete.

Anita le siguió silenciosa y con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Entró Calcorra en el gabinete, y luego en una

alcoba que en él habia, y donde se veia una cama de matrimonio con colgaduras de damasco amarillo.

Se puso á desnudarse.

Temblaba todo.

Su mujer, que estaba inmóvil en medio del aposento, no se atrevia á acercarse á él ni á hablarle.

No pudiera haber estado más contenida, más temerosa una esclava.

Entre tanto, Calcorra murmuraba con voz opaca, reconcentrada, colérica:

—¡Miserables! ¡infames! ¡ladrones! ¡canallas, que se atreven á rebelarse contra las sábias reformas del marqués de Esquilache! ¡Brutos!... ¡insultarme á mí!... ¡apedrearme á mí! ¡herirme á mí porque acato, como debo, los deseos del rey nuestro señor, inspirados por el grande Esquilache, y uso sombrero de tres candiles y redingote! ¡Pero no importa! ¡mejor! ¡Sin esto no habria conocido yo al señor conde de la Salmedina! ¡no sabria lo que piensa! ¡rebelar al rey!... ¡alentar á la canalla! ¡Ah! ¡Es necesario tener cuidado con el señor conde! ¡vigilarle de cerca! ¡atraerle! ¡engañarle! ¡Y aquella señora que le acompañaba! ¡aquella señora... no, no es su mujer!... En eso hay un misterio que puede ser importante; no sabemos de cuántas maneras se conspira; esa señora se ha quedado allí en aquella gran casa de la calle de Don Pedro; bien, bien, es necesario que yo hable á su excelencia.

Mientras decia esto se habia desnudado, y por úl-

timo, se habia metido en la cama y se habia arrebujado.

—¡Ana!—dijo.

La jóven se acercó encogida.

—Es necesario que no te ofusques por lo que te dicen,—dijo Calcorra, que parecia más calmado;—me ha puesto fuera de mí el atrevimiento de ese hombre; estos nobles piensan que todo les pertenece: tú has hecho bien con llevarle la corriente; no hay que pensar más en ello: ya sabes cuánto yo te amo y los sacrificios que he hecho y hago por tí.

—Es verdad, pero á veces...

—Mis celos... pero esto se pasa pronto; oye, Ana, lo que me sucede es una contrariedad; yo habia ido á las afueras de la puerta de Segovia á un negocio del marqués; pero acometido y herido por una turba, á causa de mi sombrero y de mi redingote, no he podido cumplir el encargo del marqués; es necesario que lo sepa, es necesario tambien que le digas, que he hecho conocimiento á causa de mi percance con el conde de la Salmedina, y que acerca de esto quisiera hablar esta noche con su excelencia: pero oye, no le digas esto al marqués, sino á la marquesa.

—¿Y cuándo he de ir?

—Ahora mismo: que te acompañe Rita: mira, hija mia, lleva bien echado el velo de la mantilla y que este sea bien espeso; no te entretengas en ninguna parte; espera, espera; no, no urge que esto sea al momento; de aquí á la tarde puede ser que me sea posible ir por mí mismo; además, esta noche debe

venir la marquesa: se me ha avisado, pero no es seguro; puede haber una contraórden del señor: si el señor no viene, no vendrá la marquesa: lo que tengo que decirle para que se lo diga á su marido, no puede pasar de esta noche; considera tú que al amanecer deben llegar de Portugal diez cargas de rapé y cuarenta de tabaco negro, y es necesario que no encuentren obstáculo: lo del conde de la Salmedina da más espera: es necesario ir; iremos tú ó yo... esperamos á la tarde á ver cómo me encuentro: cierra el balcon, hija mia, que quiero descansar: yo creo que esto es lo que más necesito.

Ana cerró el balcon, dejando sólo una rendija para que entrase una poca de luz, y fué á sentarse junto á la cama.

—No, no,—dijo Calcorra;—déjame solo, quiero estar solo.

Anita salió en silencio.

—¡A la tarde! ¡Está calenturiento!—murmuró Anita, sentándose junto al brasero en la misma silla que habia ofrecido á don Luis.—A la tarde le habrá sobrecargado la calentura; tendré yo que salir: él confia en Rita, él cree que acompañándome Rita yo no me atreveré á nada, y Rita es mia. ¡Oh! Si el conde hubiese enviado á alguien... tal vez Dios me envia al conde para libertarme de esta fiera.

Y Anita inclinó la cabeza y se quedó profundamente pensativa.

Capítulo XXIII.

Hasta qué punto era útil, sobre todo lo útil, Baltasar.

El conde había llegado, matando uno de sus caballos, al Pardo á las tres y media de la tarde.

Apenas había entrado en la hostería de los Monteros de Espinosa, cuando Baltasar le dijo:

—Aquí no hay ya un alma.

—¡Cómo!—exclamó el conde.

—Sí, si señor; á la una se recibió la orden de marchar; yo dije que vucencia había salido á darse un paseo á caballo.

—Bien, no nos hemos de estar permanentes en la casa en espera de órdenes repentinas.

—Han faltado, como vucencia, muchos oficiales.

—Esto es natural.

—Pero han ido llegando todos, y se han ido á alcanzar el regimiento.

—¿Se ha vuelto á Madrid su alteza?

—Sus altezas.

—¿Y Cascajares?

—Se ha ido con sus altezas.

—¿Y doña Eduvigis?

—Se ha ido con su marido; aquí no queda nadie más que las gentes del Sitio, y algunas de las personas que vinieron creyendo que sus altezas permanecerían más tiempo, y los ayudantes de vucencia y los ordenanzas.

—Que se pongan en marcha al momento,—dijo el conde;—pero nosotros iremos á escape; que ensillen los caballos.

Cinco minutos despues, el conde y su ayuda de cámara corrian hácia Madrid.

Llegaban á él, á su puente de Segovia, á las cuatro y media, cuando el sol se ponía.

Sólo entonces refrenaron los caballos.

Pero siguieron marchando al trote.

Cuando llegaron á casa del conde, éste dijo á Baltasar:

—No te ocupes de los caballos, sube.

Baltasar siguió á su amo hasta su cuarto.

Una vez allí, el conde le dijo:

—Es necesario que vayas á observar ahora mismo la casa número 15 de la calle de San Cristóbal.

—¡Tá... tá... tá!... señor,—dijo Baltasar.

—¿Cómo! ¿Conoces tú esa casa!

—¡Vaya!

—¿Y por qué?

—Por un capricho.

—¡Ah! se trata de una mujer.

—Sí y no: parece niña, pero es mujer, y muy mujer; como que tiene ya doce años, y dicen que las negras pueden casarse á los nueve.

—¡Ah! ¡la negrita!

—¡Cómo! ¡la conoce vucencia!—dijo algo inquieto Baltasar.

—Baltasar,—dijo el conde sonriendo,—á mi no me da el naípe por las negras; tranquilízate.

—¿Ha reparado bien en ella vucencia?

—Dentro del tipo de su raza, me ha parecido hermosa.

—¿Es decir, que yo tengo mi disculpa para el señor?

—Dejémonos de tu negra; lo que á mí me importa es la morena.

—¿Quién, doña Ana? ¿La esposa del nunca bien ponderado hipócrita Cosme Calcorra?

—La misma.

—Una morena admirable, señor, y que aborrece cordialmente á su marido; ahí hay una historia, ó por mejor decir, muchas historias.

—Ahora no tenemos tiempo de historias; dejémoslas para cuando vuelvas.

—Muy bien, señor; ¿y qué hay que hacer ahora?

—¿Puedes entenderte tú cuando quieras con la negrita?

—Segun y cómo.

—¿Tienes tú confianza con ella?

—No tanta como quisiera, señor; porque quiere casaca, y la verdad es que yo voy ya casi casi resignándome á tener hijos mulatos.

—¿Puedes tú contar con tu negra para entenderte con su ama?

—¡Oh! perfectamente, señor: su ama me conoce como si yo fuera de su casa. ¡Oh! y qué buena chica, señor! Vucencia ha tenido buen gusto.

—Vete, vete, y procura traerme una buena razon,—añadió el conde.

Baltasar, que como buen español estaba aferrado á su capa larga y á su sombrero chambergo, tomó estas prendas y una buena espada, prenda de cinco palmos, de ancha taza y de cruz enorme; se lanzó á la calle, se rebozó y se caló el sombrero sobre los ojos, sin dársele un ardite del horror que á todo esto tenia Esquilache, y por lo que llamaba á los españoles bandidos, y poniendo en movimiento el compás de sus piernas se puso en un *sancti amen* en la puerta de una tienda de aceite y vinagre, velas de sebo, clavos, jabon y *otros comestibles*, situada cabalmente junto á una esquina de la calle de San Cristóbal, y desde la cual se podia avizorar la casa del señor Cosme Calcorra.

Incontinenti fué saludado por un asturiano que era mancebo de la tienda, con las siguientes palabras:

—Hágase todo el mundo atrás delante del embozado de Córdoba.

El mancebo habia reconocido á Baltasar.

—¡Pues para qué! Con el Guadarrama que corre más barbero que todos los barberos del mundo, no os tapeis las narices,—dijo Baltasar, sin sacar las *idem* del embozo.

Y se coló en la tienda.

Tomó por asalto un braserillo de hierro que en un extremo de ella habia, y se sentó en un innoble taburete de pino.

Sólo entonces bajó el embozo de la capa.

Hacia mucho frio.

—¡Para que os viese el marqués de Esquilache!—dijo el mancebo.

Esta era la pesadilla de todo Madrid.

—¡Una higa para Esquilache!—exclamó Baltasar.—Yo me llevaria á su excelencia al alcázar viejo, y le pondria en la torre de la Bruja mirando al fuelle del Guadarrama, con sombrero apuntado y redingote, á ver si nos libraba de él una pulmonia; ¡Vive Dios, que embozado y todo me chillan los oídos de frio! ¡A ver, mancebo! Aquí un medio chico de aguardiente de Chinchon, que no lo gasto yo menos; y si no lo hay en la tienda, que baje por él al sótano la señora Escolástica, que es para mí. ¿Le duelen todavía los sabañones de las orejas á la señora Escolástica?

—¡Ya, ya!—dijo una mujer obesa, pero conservada, fresca y bien parecida, que asomó en la puerta de la trastienda;—para que tuvieses tú mis sabañones en la lengua, á ver si te burlabas de ellos, picaro. Anda,

Casimiro, saca la botella que yo tengo en mi cuarto para los amigos.

—Muchas gracias, señora Escolástica; vos os portais como quien sois: casi casi me están dando ganas de enamorarme de vos.

—¡Tunante! ¿para qué quieres tú más amores que los de la negrita? ¡Tizne! ¡cuando os caseis me guardarás los crios! ¡valientes mozos!

—A propósito: ¿no ha venido todavía la negrita, como de costumbre, por el bollo para la leche del señor Cosme Calcorra?

—¡Cuánto tiempo hace! ¡Pues si es ya oscurecido! no sé por qué has encontrado abierta la tienda: vaya, tómate pronto el aguardiente, que se va á cerrar.

Baltasar se tiró de un sorbo el mediano vaso que le daba Casimiro.

—Debo dos cuartos más,—dijo Baltasar.

—Eso no le hace, hombre: ya puedes beberte toda la tienda, que buen amo tienes.

—Pero que no vayais por eso á poner cuatro ó seis, que cuando yo pago, aunque el dinero haya sido antes de mi amo, cuando yo le doy es mio.

—Para que me digan á mí que á todas las horas del dia no estás tú mereciendo una paliza, pícaro!

—Buenas noches,—dijo en aquel momento una voz melosa, graciosa, pueril, que salia de entre un capuchon encarnado, que habia asomado á la puerta de la tienda.

—¡Ay, Rita de mi alma!—exclamó Baltasar, abalanzándose á la puerta.

Era la negrita.

—Despacio, señor Baltasar,—dijo Rita, que ella era;—no hay que apresurarse; mi ama va ya por la esquina; yo voy á alcanzarla; id vos hácia las gradas de San Felipe el Real, que hácia allá vamos nosotras.

Y Rita desapareció.

—Pues podeis cerrar cuando querais, señora Escolástica; ea, hasta mañana y adios.

—Que veamos pronto los mulatitos,—dijo la tendera.

Baltasar habia escapado.

Dos minutos despues se reunia en las gradas de San Felipe el Real con dos mujeres.

La una era más alta que la otra.

La más alta iba de negro, envuelta la cabeza en una mantilla, y era sumamente esbelta y airosa.

—La otra era de ménos talla; iba vestida de pardo con una especie de capuz, y era tambien esbelta y galana.

A ninguna de las dos se las veia el semblante.

Lo que era de todo punto opuesto á la sábia reforma de Esquilache sobre aquel punto.

A ninguna de las dos podia reconocérselas.

Eran Ana del Rey, esposa del señor Cosme Calcorra, y la negrita.

Aun no habia oscurecido.

Los faroles del flamante alumbrado público, aun no se habian encendido.

Madrid estaba envuelto en una penumbra indecisa.

Las calles, á causa del mucho frio, estaban casi desiertas.

Madrid no era entonces tan populoso, ni con mucho, como ahora.

Nadie pasaba en aquel momento por la calle Mayor.

Ana y Rita iban hácia la Puerta del Sol.

Como que iban á la calle de las Infantas, á la casa de las Siete Chimeneas, que existe aún, y donde entonces vivia el marqués de Esquilache; y para esto tenian que pasar la calle de Alcalá.

Baltasar se incorporó á ellas.

—Besoos los piés, doña Ana, — dijo; —¿cómo os va?

—Muy mal, señor Baltasar: estoy como si me hubieran metido un hacha en la cabeza.

—Algun disgusto.

—Si, un disgusto, y de los grandes, que me ha dado vuestro amo.

—Pues mirad, mi amo lo siente mucho: como que me ha enviado expresamente á pedir os por la salud.

—Pues mirad, yo creía que viniéseis al olor de Rita.

—Lo uno no quita lo otro; pero esta noche vengo enviado por mi amo.

—Yo no sabia que érais lacayo del señor conde de la Salmedina.

—Distingo, — exclamó vivamente Baltasar, — lacayo no, ayuda de cámara.

—Pero, en fin, vos sois de la confianza de vuestro amo.

—Como Rita lo es de la vuestra.

—¡Qué casualidad! Como Rita tiene mi confianza, la referí mi aventura: esto es, que mi marido se me habia presentado en casa con un señor, que resultó ser el conde de la Salmedina, cuando mi marido no recibe en su casa mas que un solo hombre, y ese hombre no va allí por mí.

—Pues tiene muy mal gusto su majestad: ya valeis vos algo más que la marquesa de Esquilache.

—Así está bien: yo no sabria qué hacerme con las narices del rey nuestro señor.

—En fin, señora, mi amo está loco por vos, y me ha enviado para que á todo trance me ponga con vos de acuerdo.

—Vuestro amo ha sido muy imprudente; sin tener en cuenta que podíamos ser escuchados, me hizo la corte en voz alta cuando fui á acompañarle hasta la puerta.

—Mi amo, ni teme ni debe.

—Pero yo tengo uno á quien deber y á quien temer.

—¿Siendo tan amiga del señor marqués de Esquilache temeis?

—Al diablo el marqués,—dijo doña Ana;—no me hableis de él, me dan náuseas; pero por lo que veo, Rita tiene más confianza con vos que lo que parece.

—Como que vamos á casarnos, señora.

—¡Cómo qué!—exclamó Rita.—¿Al fin os habeis resuelto, señor Baltasar?

—Como que si con vos no me caso, puesto que no se puede pasar por otro punto, pereció de mala muerte: ya me hubiera ahorcado si no hubiese sido por temor de que se rompiese la cuerda.

—Vaya, pues sea enhorabuena para los dos,—dijo Rita;—si vos os tiznais, yo me emblanquezco.

—¿Quieren vuestas mercedes venir á tomar chocolate á la botillería de la Canosa?

—No podemos detenernos esta noche, señor Baltasar; vamos muy de prisa.

—Pues no, sin bombones de la confitería de Majaderitos no se quedan vuestas mercedes; vayan andando despacio, que yo las alcancé en cinco minutos.

—¿Y sabeis adónde vamos?—dijo Anita.

—¿Pues adónde habeis de ir, señora, más que á casa del marqués de Esquilache, ya sea por el marqués, ya por la marquesa?

—Es verdad, por la marquesa vamos.

—Pues hasta ahora.

Baltasar partió como un relámpago hacia la calle de Majaderitos, y llegó á tiempo que iban á cerrar la tienda ó confitería.

Entonces todas las tiendas y todas las puertas se cerraban á la oracion, porque aquellas gentes decian que el dia se ha hecho para trabajar y la noche para dormir.

Compró los bombones el galantísimo Baltasar,

partió como un rayo, y alcanzó á las dos jóvenes cuando apenas acababan de entrar en la calle de Alcalá.

—Muchas gracias, señor Baltasar,—dijo Ana, recibiendo la preciosa caja que aquel la daba;—¡vos siempre tan cumplido!

—No tanto como quisiera; pero, en fin, á los pobres hay que estimarnos por nuestra buena voluntad.

—No es pobre quien sirve á un amo como el vuestro.

—¿Y qué he de decir á mi amo, doña Anita, que está loca por vos? Y eso que no os ha visto á su gusto.

—Yo no sé; pero, y bien: decidle que sobre las diez espere con vos junto á la tienda de la Escolástica: que me perdone si en todo caso no le puedo dar razon de mí.

—¿Sabeis que seria mejor otra cosa?

—¿Cuál?

—Vos permaneceréis durante algun tiempo casa del marqués.

—¡Ah! No, no puedo hablar al volver á vuestro amo, porque volveré acompañada tal vez de la marquesa: decid, decid esto al señor conde, que si me estima como dice, espere despues de las diez con vos junto á la tienda de la Escolástica; si es posible, Rita os avisará; si á las diez y media Rita no ha avisado, no habrá sido posible: yo creo bien que por mí se puede sufrir muy bien una incomodidad de media hora.

—Estoy seguro, señora, de que mi amo seria ca-

paz de estarse por vos tres dias sobre un pié como una grulla.

—Id, id, señor Baltasar, que no conviene que nos acompañeis.

—Y yo estoy impaciente por llevar á mi amo la buena noticia.

—Hasta luego si es posible, señor Baltasar.

—Hasta luego, que sí será. Adios, negra fortuna.

—Que no os olvidéis del buen propósito, señor Baltasar,—contestó Rita.

—No paseis cuidado; pero os suplico que no nos hagais pasar á mi amo y á mí más frio que el indispensable.

—No estará en mí si no voy.

—Adios, señoras mías.

—Adios, señor Baltasar,—respondieron las dos jóvenes.

Ellas siguieron, y él, volviendo frente á retaguardia, tomó á la carrera el camino de la casa de su amo.

Capítulo XXIV.

En que se ve más y más lo útil que era Baltasar, y se descubren algunos secretos sucios de aquel tiempo.

Dormía el conde acariciado por sus buenos y adorados sueños, cuando llegó Baltasar.

Este no vaciló en despertarle.

Como que le llevaba una buena noticia.

—Y bien,—dijo el conde:—¿qué tenemos?

—Rendida, impaciente, loca.

—Ya lo sabía yo eso. ¿Pero cómo la has visto?

—Saliendo de su casa para ir á casa del marqués de Esquilache.

—No en balde había yo recelado del señor Cosme Calcorra.

—Solemne pícaro.

—Continúa, Baltasar, si es que tenemos tiempo.

—¡Oh! sí, sí señor; la cita no es hasta las diez.

—¿Y qué hora tenemos?

—Las seis ménos cuarto por el reloj del dormitorio.

—Tenemos tiempo: empieza pues.

—Pues ha de saber vucencia, señor, que hace tres meses...

—Siéntate Baltasar, no quiero que te fatigues.

—Muchas gracias, señor.

Baltasar se sentó á los piés del conde.

—Pues sí, hace tres meses ví yo en los toros una hembra vigotuda, pero fresca, rolliza, mantecosa, como á mí me gustan las mujeres: es verdad que tambien me gustan las cenceñas y las flacas: segun y como cae el negocio.

En fin, me trabé de conversacion con ella, pero sin soltar prenda, porque tenia cara de honrada y brava.

Resultó que era viuda, tendera de la calle de San Cristóbal, cerca del número 15.

A la tarde siguiente ya estaba yo allí, resuelto á seguir con prudencia mis operaciones de sitio.

Empecé por pedir agüardiente, y aun nó me lo habian servido, cuando se descolgó en la tienda una negrita, la que vucencia conoce; bromeó un tanto con el mancebo y con la Escolástica, que asi se llama la tendera; compró un bollo de leche, y se marchó.

Ella me habia mirado con insistencia todo el tiempo que habia estado allí, y ó mucho me engaño, ó se estuvo más tiempo que el de costumbre.

Yo cambié inmediatamente de propósito.

La negrita se me habia entrado por el alma.

Yo no podia olvidarme de sus ojos.

Por fortuna, yo no me habia indicado, ni poco ni mucho con la Escolástica.

A la tarde siguiente yo esperé á la negrita en la calle; en fin, manejé el negocio como debia manejarse, y me encontré novio de Rita.

Yo no he dicho á vucencia nada, por temor de que vucencia se enojase conmigo, y no sabia cómo decirle que me quiero casar con Rita.

—¿No ménos que casarte, Baltasar?

—¿Y qué he de hacer, señor? La plaza es inexpugnable, y no capitula sino á condicion de consorcio.

—¿De suerte que te quieres casar con una esclava, es decir, que quieres tener hijos esclavos?

—Negra sí, esclava no,—dijo Baltasar,—porque quien la tiene en su casa, ni la ha comprado, ni la ha heredado, ni la ha recibido de nadie.

Lo mismo habia dicho Anita al conde.

—¿Y bajo qué concepto,—dijo éste,—se encuentra Rita casa de Calcorra?

—Esa es otra historia, señor.

—Pues venga.

—Para eso es necesario que yo empiece por el señor Cosme Calcorra, y siga por el marqués de Esquilache, y continué por Anita del Rey, para llegar á Rita.

Cosme Calcorra es un pícaro, que nadie sabe

de dónde es, ni de dónde viene, ni adónde va.

Apareció en Madrid cuando vino con el rey nuestro señor de Nápoles el marqués de Esquilache.

Era ayuda de cámara de éste, mejor dicho, exclusivamente su barbero, porque no desempeñaba otro servicio que el de hacer la barba á su excelencia.

Como que tenia cogido á su excelencia por la barba, hacia de su excelencia lo que queria; pero es el caso, que como su excelencia era rico y poderoso, el señor Calcorra le bailaba el agua por delante, le halagaba y estaba sujeto siempre á su voluntad.

Pasó el tiempo, y hace dos años el ministro llamó á su barbero, y le dijo:

—¿Te desagradaria ser oficial mayor de la contaduría del Gremio de la seda?

—¡Qué habia de desagradarme á mí eso, señor!— dijo Calcorra.

Y dicho y hecho; como el marqués de Esquilache tiene el ministerio de Hacienda á más del de la Guerra y del de Gracia y Justicia, encajó á su ayuda de cámara Cosme Calcorra el empleo de oficial mayor de la contaduría del Gremio de la seda, sin pararse en si murmuraban ó no los perjudicados y los escandalizados.

Pero como el marqués es avaro, y los avaros no dan nada sino por un buen precio, apenas tomó posesion de su destino Cosme Calcorra, cuando su antiguo amo le llamó y le dijo:

—Cosme, siéntate.

—¡Cómo, excelentísimo señor!—dijo Cosme Calcorra;—¡delante de vuecencia!

—Hombre, sí; no quiero que estés incómodo cuando tengo que pedirte un favor. Además de esto, tú no eres ya mi criado, sino un empleado de categoría.

—Gracias, excelentísimo señor; yo estoy muy agradecido á vuecencia.

—Oye, Cosme: la casa número quince de la manzana número ciento noventa y nueve, que da á la calle de San Cristóbal, es nueva y está de venta; la hizo un contrabandista de tabaco para su negocio, pero se va y la vende; quiere por ella diez mil ducados: se los das, para cuyo efecto yo te daré una libranza de doce mil ducados contra la contaduría del Gremio de la seda.

—¿Y por qué doce mil, si por la casa no quieren más que diez mil?—dijo Calcorra, asombrándose de ver tan pródigo á su amo, á quien siempre habia conocido tan avaro.

—No, —dijo Esquilache;— por la casa darás cuando más nueve mil ducados; nunca debemos pagar aquello que se nos pide por una cosa, porque indudablemente ha pretendido engañársenos. Yo sé que te venderán la casa en nueve mil.

—¿Y los otros tres mil, señor?

—Tú los guardas, —dijo Esquilache, —que ya te diré yo lo que tienes que hacer con ellos; por ahora véte á comprar la casa. Mira, toma el libramiento de doce mil ducados contra el Gremio.

Maravillado Cosme Calcorra de que su amo gastase nueve mil ducados en un capricho, se fué al escribano que tenia el poder para vender la casa por la justicia, á causa de haber sido echado á presidio como contrabandista el amo de aquella casa, y aviéndose con el escribano, logró que éste le vendiese, sin puja ni otra formalidad alguna, y en siete mil quinientos ducados, la casa; es decir, mil y quinientos ducados ménos que lo que habia pretendido el marqués de Esquilache; pero realmente sin más rebaja que la de quinientos ducados, porque el escribano habia exigido mil ducados de guante para enagenar la casa en aquel precio.

El marqués se convino, porque encontraba siempre una ventaja de quinientos ducados, y los mil se partieron buena y simplemente entre Cosme Calcorra y el escribano de la venta.

Con esto, con que habia robado cuanto habia podido á su amo, á pesar de que era avaro, y con los pechos y cohechos y malos enjuagues que hacia como oficial mayor de la contaduría del Gremio mayor de la seda, Cosme Calcorra habia empezado á tener un por qué algo decente.

Pero continuemos nuestro cuento.

Apenas estuvo comprada la casa, cuando el marqués de Esquilache, muy escondido en un coche sin divisa de ninguna especie, se fué á la casa en cuestion, y no salió del coche para entrar en ella sino muy embozado y muy echado el sombrero á los ojos; verdad es que el sombrero estaba apuntado y que la

capilla era corta; pero ambas dos prendas le rebozaban de la misma manera que si hubieran sido la capa larga española y nuestro buen sombrero chambergo.

Yo no sé por qué el marqués tiene tal horror á los mantos, á las capas y á los sombreros, siendo así que una mujer se reboza la cara con una mantilla, y con cualquiera cosa se tapa la cara un hombre; yo creo que todo ello consiste en que al marqués le gusta que se luzcan las formas, y si no repare vucencia en que la mujer del marqués, que es tenida por la más petrimetra de la córte, fué quien trajo las basquiñas estrechas con perdigones abajo para que escurran mejor, y el talle debajo de los brazos para que se señalen bien las caderas y el seno; en eso no hemos perdido nada, porque como las mujeres que algo valen no llevan debajo de la basquiña más que la camisa, aunque tiemblen de frio, y la basquiña no les pasa de la media pierna, ahí tiene vucencia que se sabe de qué manera ha hecho Dios á una mujer, no como antes, que los trajes anchos tapaban muchas cosas que era importante conocer; singularmente, cuando un hombre trata de casarse; las sayas voluminosas se han hecho para tapar faltas; pero vamos adelante.

El marqués inspeccionó minuciosamente la casa, bajó á los sótanos, y dijo á Calcorra:

—Por aquí debe haber una mina que va á salir á un cortijuelo que hay en la dehesa Amanuel, y que cuando le pongan en venta, que lo pondrán muy en bre-

ve, porque es tambien propiedad del contrabandista que han echado á presidio, será necesario comprar. Vámonos á los sótanos á ver si encontramos la entrada de esa mina.

Reconocieron minuciosamente, y al fin encontraron una larga compuerta, que estaba disimulada con una capa de tierra.

Abierta aquella compuerta, que constaba de varias piezas, porque era muy larga, se encontró una rampa; en rampa tambien estaba la bajada del sótano que empezaba en una puerta que daba al jardin, junto al postigo que por la izquierda corresponde á la calle.

Era claro que aquello estaba hecho así para que las caballerías cargadas que hubiesen entrado por la dehesa de Amanuel, pudiesen salir á las calles de Madrid.

—¿Será cierto lo que dicen, que uno de los mayores negocios del ministro de Hacienda es el contrabando del tabaco?—dijo el conde.

—Ciertísimo, señor, ciertísimo,—dijo Baltasar,—el rapé portugués que yo compro á vucencia, muchas veces no le compro desde que conozco á Rita, es decir, la última lata no la compré; Rita me la dió cuando oyó decir que á vucencia le gustaba el rapé portugués; lo que es el tabaco negro que yo fumo, no me cuesta un cuarto desde que conozco á Rita.

—Ya se ve,—dijo el conde,—si pasan por esa mina las cargas de contrabando del señor marqués de Esquilache, nada tiene de extraño esté provisto de

buen tabaco el señor Cosme Calcorra, y estándolo él, se entiende bien pueda proveer de tabaco á su novio la negrita.

—Es verdad,—dijo Baltasar;—pero hace mucho tiempo que la mina no sirve, por la sencilla razon de que por ella no podian entrar de una vez tantas cargas como su excelencia queria para no hacerse reparable; era preferible meter cien cargas á un tiempo y de diez en diez, valiéndose de las diez puertas y portillos que tiene Madrid, y entendiéndose para esto con los empleados de la Real Hacienda, que como dependen de Esquilache, no pueden ménos de apresurarse á servirle.

—¡Cómo se conocen los bajos principios de donde viene ese canalla!—dijo el conde, con el acento de un profundo desprecio.

—Ya le ajustaremos una cuentecita, señor,—dijo Baltasar;—el pópulo ha tomado muy á mal el que todos los empleados y todos los soldados, y todos los que son amigos del marqués de Esquilache, gasten sombreros apuntados y redingote ó capa corta; está viendo que esto no es más que una prueba para ver como se toma la reforma por la turba multa, y la turba multa que lo conoce, se está enrabianando y criando mala sangre, y mucho será que cuando venga la órden para todo el mundo no tengamos jarana, y larga, de la que puede ser que resulte arrastrado el marqués de Esquilache, que no sabe él muy bien lo difícil y lo peligroso que es pretender hacer tragar á los españoles lo que no quieren tragar; en

fin, vamos andando, ya veremos y pronto, porque esto no ha de tardar mucho.

El marqués de Esquilache mandó á Cosme Calcorra hiciese blanquear, pintar y amueblar la casa, particularmente con un lujo extraordinario una sala y una alcoba en el piso bajo, con entrada por el jardín, junto al postigo, y de la cual nadie debia tener la llave más que el señor Cosme Calcorra.

Hecho todo esto á gusto del marqués de Esquilache, convertida la casa en una taza de plata, el marqués dijo á Calcorra:

—Cosme, es necesario que te vayas á vivir á esa casa, y como es demasiado grande para tí solo, será necesario que te cases.

—¿Qué mujer querrá casarse con un hombre de sesenta años y no hermoso?—dijo Calcorra.

—La mujer que sepa que cuando se casa no se casa,—dijo descaradamente el marqués, que no se andaba con rodeos.

—¡Ah! Eso es distinto,—dijo tranquilamente Calcorra, que era tambien muy fresco.—¿Y qué beneficio voy á sacar yo de eso? Indudablemente, excelentísimo señor, vucencia habrá pensado proponerme esto, porque sin duda me tiene mucha cuenta.

—Yo lo creo,—dijo el marqués.—Mira, véte ahora mismo á la calle del Codo, número diez, y pregunta por doña Eustaquia; saldrá á abrirte una jóven como de quince años, muy hermosa: esa es la que será tu mujer. Tú no tienes que hacer otra cosa que de-

cirla que tú vas á pedir la mano de la niña, y sobre lo que ya eres, espera mucho más.

—Muy bien, excelentísimo señor.

—Sucederá, Cosme,—dijo el marqués,—que apenas te cases tendrás que hacer un viaje á pretexto de tu salud á Andalucía, donde no tienes necesidad de decirle á nadie la fecha en que te has casado.

Parecíale esto ya un poco duro al señor Calcorra, porque comprendió adónde iba á parar su amo; pero permaneció impasible y sumiso, como si nada le desagradara en lo que su amo quería de él.

—Anita es madre,—dijo el marqués,—y antes de cinco meses vendrá al mundo, si Dios quiere, la criatura de que está en cinta; es necesario que esa criatura aparezca como hija legítima tuya, lo cual debe importarte muy poco, Cosme, porque ya te he dicho que aunque te casas no te casas, puesto que debes considerar á tu mujer como cosa mia, y como cosa mia respetarla.

—¡Asqueroso!—exclamó el conde,—¿piensas tú en casarte, Baltasar, con una jóven que, además de ser negra, está al corriente de todas esas infamias? porque ella es sin duda quien te ha contado todo eso.

—Diré á vucencia,—exclamó algo picado Baltasar;—el armiño pasa sobre el lodo y no se mancha; de la misma manera, ese armiño negro, y cuidado si es fina la negrura de mi Rita, anda en esto y en otras cosas que no he dicho á vucencia, sin mancharse ni romperse, porque ella no ha amado

nunca hasta ahora, porque ella es fiera, y ella no permitiría nada que la contrariase, que amenguase su corazón, que la humillase como mujer, ni aunque la pusiesen en el potro; ya ve vucencia que yo soy un buen mozo, ¡eh! no viejo, porque por San Eugenio cumplí los veintisiete; no pobre, porque las munificencias de mi amo me han hecho rico; no lerdo, porque sirviendo á mi amo he aprendido á conocer á las mujeres; no tímido, porque me atrevería yo con la mismísima estrella Vénus que bajara á la tierra y me la encontrara; no desaseado ni desaliñado, sino atildado y petrimetre, porque si así no fuera, no me tendría vucencia á su servicio; y no avaro, porque, como sabe bien vucencia, yo he venido al mundo de buenos padres, que no me han criado con miseria; pues con todas estas dotes, ventajas y preeminencias, que me han dado un triunfo rápido y seguro sobre más de siete y aun más de diez mujeres de las de barba de pavo, y no perdidas, sino muy honestas y muy miradas, que á mí no me gusta el género de deshecho, no he podido meterle el diente á la negrita, tan niña como es y tan enamorada; yo la he dado la vuelta por todas partes, yo la he tendido acechanzas, yo la he hecho ricos regalos; pues bien, señor: no me han valido ni vueltas ni acechanzas, y siempre que la he dado un regalo, me ha dicho:—«Lo guardo para cuando nos casemos, ó para devolvérselo si no nos casamos pronto, porque aunque soy muy jóven, Dios no me ha hecho á mí para que pierda el tiempo sirviendo de entretenimiento á

picaros.»—De manera, señor, que en vez de trastearla yo á ella, ella es la que me ha trasteado á mí, la que me ha compuesto la cabeza, y me tiene ya á la muerte; así es, que aprovecho esta ocasion para pedir encarecidamente al señor su licencia para casarme con mi negrita, porque como yo no pienso en dejar el servicio del señor, será necesario que yo á gusto del señor me case.

—Espera un poco, Baltasar, que yo tambien ando en camino de casarme, y me seria grato nos casásemos en un dia.

—¡Que vucencia se casa, señor!—exclamó admirado Baltasar.—¿Y con quién, si vucencia me permite le haga esta pregunta?

—Eso no importa por ahora; sigue con tu cuento, Baltasar.

—Sigo pues.

Aconteció que el señor Cosme Calcorra bajó la cabeza á lo que deseaba el señor marqués de Esquilache, porque le tenia mucha cuenta bajarla.

Conoció á Anita del Rey, y se casó con ella.

Ahora bien; doña Ana era una niña muy bien educada, y si se ha hecho larga, fresca y atrevida, ha sido por lo que ha visto casa de su marido; era ella hija de don Juan del Rey, intendente que fué de la Real Hacienda en el reino de Granada, y tan honrado, que cuando murió apenas se dejó con que le enterrasen y para los lutos.

Vinose su viuda con la niña, que ya tenia catorce años, á Madrid á echarse á los piés del rey, y á

pedirle una pension para la huérfana de aquel que tan leal y honradamente habia servido á la Real Hacienda.

—¡Ya!—dijo el conde,—y el buen rey nuestro señor, aquejado por la viudez...

—No va por ahí el carro, señor,—dijo Baltasar;—ya sabe vucencia que aunque las narices del rey nuestro señor no son pequeñas, ni mucho ménos, no hay quien admire de cerca su grandeza como no lo permita el señor marqués de Esquilache, que, como todo el mundo sabe, y á despecho de su compañero y enemigo el otro ministro de Estado, marqués de Grimaldi, está apoderado de su majestad, y como, por lo tanto, para llegar á su majestad es necesario pasar [por este cauce, dijéronselo á doña Eustaquia, y ella inocente, creyendo que el marqués de Esquilache se compadeceria al ver á la niña tan jóven, tan hermosa y huérfana, la llevó consigo; pero el marqués de Esquilache no se compadeció, sino que se enamoró, y como es tan descarado y tan sin respeto á nada, ni aun á la misma desgracia, les dijo que no podian contar con nada si no se dejaban visitar por él, y que si esto acontecia no tenian necesidad para nada de ver á su majestad.

Salióse llena de espanto, de escándalo y de vergüenza doña Eustaquia, sin responder ni una palabra á la procacidad del marqués de Esquilache; pero sobrevinieron las miserias y la enfermedad, y las pobres criaturas humanas cambian mucho cuando sufren, hay muy pocas que resistan al martirio; y yo

tengo para mí que por esto todos los santos son mártires.

Apretó la necesidad, fué cediendo la virtud de la madre, fuése resignando al mismo tiempo la hija, y al fin fué admitido el marqués de Esquilache, que no fué muy pródigo que digamos con las dos desventuradas.

—No se comprende,—dijo el conde,—cómo el rey tiene á su lado con un tal poder y una tal privanza á un canalla tal.

—Diré á vuecencia: el rey nuestro señor se paga mucho de las formas y de las apariencias; el marqués de Esquilache, como venido de bajo origen, es tan ordinario como es fino y distinguido el marqués de Grimaldi, que es harina de otro costal. Grimaldi, como vuecencia sabe, no es tan dúctil como sería necesario para sobrepujar en influencia junto al rey al otro, que es acomodaticio, que se plega á todo, y que por este medio domina á su majestad y hace lo que quiere; además, á diferencia del marqués de Grimaldi, que va á todas partes, que frecuenta el trato de las gentes, que se divierte en armonía con su rango, sin desatender por esto los negocios del Estado, Esquilache es reconcentrado, se trata con muy poca gente, y está siempre metido en la secretaría y trabajando, con lo cual engaña á su majestad, que le tiene por el hombre más honrado, más trabajador y más inteligente del mundo; y eso que el rey tiene motivos para saber que Esquilache es un alto pícaro, lo más sin vergüenza del mundo.

—¿Cómo, cómo es eso?—dijo el conde.

—¿Pues qué, vucencia no sabe que la marquesa de Esquilache, esa hermosa mujer, esa veneciana, es la que anima, la que alegra las soledades de viudo del rey nuestro señor?

—Muy secreto anda esto,—dijo el conde.

—Así son todos los secretos: se ignoran hasta que los huele uno y los cuenta otro, y de uno en otro la noticia se va extendiendo como mancha de aceite en papel de estraza; en fin, si yo conozco ese secreto, es porque fui á los toros la misma tarde en que fué á ellos, y al mismo tendido que yo, la Escolástica, la gorda tendera de aceite y vinagre de la calle de San Cristóbal, en cuya tienda conocí á Rita, que es la que me ha contado todas estas cosas; como que ella es la que la mayor parte de las veces abre el postigo del jardín para que entre en la casa el rey nuestro señor (que Dios guarde): y que no me digan á mí que esto es cuento, porque extrañando yo lo que Rita me habia dicho, me puse en acecho, no una noche, sino una madrugada, y vi salir al rey nuestro señor, que no se me despintó aunque iba muy encubierto y muy embozado con una capa larga española, y un sombrero gacho, cuyas alas eran tales que le caian sobre los hombros; como no se me despintó tampoco el marqués de Esquilache, que salió acompañándole, y que iba tambien tapado con un sombrero y liado en una capa, á pesar de su horror á las capas y á los sombreros, aunque yo creo que á él no le horrorizan porque le encu-

bren, sino que le horrorizan por que encubren á otros.

—Pero entonces la casa de ese Cosme Calcorra es un lupanar.

—No por cierto, señor; todo ello es simplemente que la Anita es querida del marqués de Esquilache, la marquesa de Esquilache querida del rey, y que estas dos parejas van á verse casa el señor Cosme Calcorra cuando hay cita; la veneciana, esto es la marquesa de Esquilache, llega antes y se mete en la sala baja, por supuesto muy encubierta con un manto de los que su marido aborrece, y espera allí al rey; y como su majestad suele tardar dos ó tres horas, la dan conversacion, ya la Anita, ya mi negra, que tienen con ella una gran confianza; cuando sobrevienen el rey y el marqués de Esquilache, que le acompaña siempre, Anita se va al piso superior á un cierto gabinete, y Rita abre el postigo; el rey entra en la sala baja, y Esquilache sube al gabinete donde está Anita. Entre tanto, el señor Cosme Calcorra se revuelve desesperado y colérico en su lecho, ó se pasea mordiéndose los puños por su cuarto, y Rita espera dormitando á que empiece á alborear el dia para franquear el postigo á los dos amantes. Si se levantaran los techos de todas las casas de Madrid por la noche, se verian cosas como estas, y aun más graves, en casas muy respetables, y tal vez en palacio.

Y el audaz Baltasar fijó una mirada que sonreía en el conde.

—Tráeme el baston,—dijo este.

—Permitame vucencia observar,—se permitió decir el ayuda de cámara,—que yo no he dado motivo alguno para que se me sacuda el polvo de las asentaderas.

—En buen hora, Baltasar,—dijo el conde;—deja palacio á un lado, y continúa.

—Pues nada tengo ya que decir á vucencia, sino lo que vucencia sabe: esto es, que la pobre mujer de Cosme Calcorra, que la violentada querida del marqués de Esquilache, doña Ana del Rey, se halla enamorada de vucencia, y le ha citado para esta noche á las diez; pero advirtiéndole que si á las diez y media no se ha presentado Anita, será que á despecho suyo no ha podido ser, y puesto que ya son cerca de las nueve, yo aconsejaría á vucencia que antes de vestirse cenase, porque tripas llevan á piés y no piés á tripas.

Siguió el prudente consejo de Baltasar el conde; cenó, se vistió, y á las diez él y su ayuda de cámara esperaron en la calle de San Cristóbal embebidos en el hueco de la puerta de la tienda de la señora Escolástica.

Capítulo XXV.

En que Anita hace una importantísima revelacion al conde de la Salmedina.

Apenas el conde y su ayuda de cámara se habian embebido en el hueco de la puerta de la tienda de la señora Escolástica, cuando á poca distancia, en la acera de enfrente, se oyó el ruido de una llave en la cerradura de una puerta.

Acababan de dar las diez de la noche.

Era esta oscura, y dos mezquinos faroles del nuevo alumbrado, colocados á larga distancia, no alumbraban, sino que agonizaban.

—Pues acude á la cita, señor,—dijo alegremente Baltasar,—y acude sin miedo, porque ha abierto desenfadadamente, sin temor de que llegue el ruido de la llave á Calcorra, que está escuchando siempre, y oye más que un lagarto: ella es ese bulto que se arima; la huelo.



MOTIN DE ESQUILACHE. — Acostumbro á usar estos diges
por lo que pueda ocurrir.

Acercóse una mujer.

Traía un traje oscuro y nada en la cabeza.

Aparecía completamente negra.

Como que era Rita.

—Seguidme,—dijo,—con la voz apresurada, en que se notaba un ligero sobrealiento;—seguidme sin cuidado, porque nada hay que temer.

El conde y Baltasar siguieron á Rita, que los llevó al postigo, que habia dejado encajado.

Le empujó, y los tres entraron en el jardín.

Rita cerró de nuevo sin recatar el ruido de la llave.

—Pero ¿qué es esto?—exclamó Baltasar.—¿Ha reventado ya ese basilisco?

—Mi señora dirá á vuecencia, señor conde,—dijo Rita, sin contestar á Baltasar;—hágame vuecencia el favor de seguirme.

Y llevó al conde á la sala baja, donde, segun las noticias que tenemos, el señor rey don Carlos III se veía secretísimamente con la señora marquesa de Esquilache.

El conde entró.

—Señor Baltasar,—dijo la negrita, llegando al ayuda de cámara:—os quiero lo bastante para no dejaros aquí á la helada, y sobre todo no me conviene que se me malogre el marido; vais á subir conmigo á mi aposento, está muy abrigado.

—¡Bendita sea tu boca!—exclamó Baltasar.

—Pero os advierto que yo tengo conmigo este dize para lo que pueda sobrevenir.

Y puso un objeto á dos dedos de las narices de Baltasar.

Este, á pesar de la noche, vió que aquello que Rita llamaba dige era un puñal, ó más bien que un puñal un machete, porque tenia por lo ménos palmo y medio de largo y cuatro dedos de ancho.

—Vamos á cuentas,—dijo Baltasar;—oye, niña, ¿eres tú mujer que gasta esas bicocas?

—Lo he sacado de debajo de la almohada de mi amo, que es quien lo usa,—dijo Rita;—para mi propósito me sirve. Conque ya estais advertido, señor Baltasar, y vámonos, que aquí hace mucho frio.

Baltasar siguió á la negrita, preocupado, alarmado y pensativo.

Dejémosles ir, y metámonos en la sala baja donde habia entrado el conde de la Salmedina.

En el momento sintió que la temperatura estaba muy elevada, y al mismo tiempo vió delante de sí é inmóvil á Anita, que le miraba con ansiedad.

—Venid, señor conde,—le dijo;—sentémonos y hablemos: necesito explicarme larga y gravemente con vos, y ponerme bajo vuestra proteccion.

Y llevó al conde á una gran chimenea de mármol blanco, en que ardia la enorme cantidad de leña á que se debia la alta temperatura de la habitacion, y á cada uno de cuyos lados habia un sillón magnífico.

La sala, que era de una regular extension, estaba entapizada, dorada, pintada y amueblada con un lujo verdaderamente régio.

A uno de sus extremos habia un bello pórtico, tras el cual, cubriendo el interior, se veia un cortinaje de terciopelo rojo con franjas de oro.

Aquello justificaba una parte del relato de Baltasar.

Denunciaba al rey.

—Yo no sé si os amo,—dijo Anita, mirando con una gran sangre fria al conde;—no he amado nunca, y por consecuencia, no conozco el amor; pero me siento gravísimamente preocupada desde que os he visto, y no os he perdido un momento de la memoria.

—Esto es para mí una fortuna inapreciable, señora mia, que me hace muy feliz, yo os lo aseguro,—dijo el conde.

—¡Feliz!—dijo sonriendo de una manera amarga Anita,—y debéis tenerlas á docenas, y que no se encuentren en la triste situacion en que me encuentro yo. En fin, no hablemos de amor: en este punto será lo que vos queráis, porque si despues del paso que voy á dar, vos no me protegéis con todos vuestros medios, yo estoy perdida.

—Hablad, hablad tranquilamente, señora; que antes que perderos negándoos mi proteccion, me expondré á perderme otorgándoosla. Pero ¿cómo es que me recibís tan sin temor en vuestra casa?

—Baltasar os habrá puesto ya en algunos antecedentes, señor conde.

—Sí, me ha dicho todo lo que sabe, es verdad.

—Rita le ama más de lo que él cree; no tiene pa-

ra él secretos, y ella conoce todos los míos, excepto uno, que no conoce nadie más que ese hombre y yo, y tan grave, que ni aun á mi confesor he revelado ese secreto, que envuelve un crimen, del cual, os lo juro con toda mi alma delante de Dios, yo estoy inocente. Si yo no he denunciado ese crimen, ha sido por terror.

—Segun el relato que acerca de vos me ha hecho Baltasar, por referencia á Rita, ese crimen puede ser la muerte de vuestra madre.

—¡Ah! no, no me habéis de eso,—dijo Anita;—yo no sabia lo que era el hombre con quien se me habia casado; no, no es ese crimen, del cual soy tambien inocente, al que yo me refiero.

—¿Se trata, pues, entonces de cierta señora que vino hace algun tiempo á esta casa con Rita?

—Cabalmente,—dijo Ana;—á ese crimen me refiero; pero ¿vos lo habíais adivinado?

—Si; yo he encontrado hoy extraña la desaparicion de esa señora.

—Por fortuna,—dijo Anita,—es un crimen reparable; pero antes de entrar en el relato de esa historia, dejadme os diga por qué teniendo el marido que tengo, puedo recibiros en mi casa sin temor.

Baltasar os habrá dicho que nos dejó á Rita y á mí al oscurecer camino de la casa del marqués de Esquilache.

Yo hablé con vuestro criado, y le di una cita eventual para vos, cita que afortunadamente ha podido realizarse.

Esto parece providencial.

Yo salgo rarísimamente, y por muy poco tiempo.

La casa está cuidadosamente vigilada por mi marido, hasta tal punto, que mientras está en su oficina ó en otro negocio cualquiera, nos deja encerradas á Rita y á mí.

Ella es toda la servidumbre que tenemos.

Sin esta venturosa casualidad, Dios sabe cuándo hubiéramos podido tener una entrevista.

Yo iba á avisar al marqués de que mi marido, á causa del percance que le habia ocurrido en el Puente de Segovia, no habia podido entenderse con los del resguardo de la Real Hacienda, para que pudiese entrar sin contratiempo en Madrid, por diferentes puertas, cien cargas de tabaco.

Mi marido además queria hablar con el marqués.

Por otra parte, se creia que el rey y la marquesa de Esquilache debian venir aquí esta noche.

Pero nada de esto ha acontecido.

El marqués me dijo que estimaba el aviso de mi marido respecto al contrabando, que llegaba á tiempo, y que fuere cual fuere la importancia del objeto por que queria hablar con él, no podia ser esto, porque tenia consejo con el rey, que creia duraria hasta muy tarde.

De modo que ni Esquilache podia venir á casa, ni tenia tampoco para qué venir su mujer.

Nos volvimos Rita y yo acompañadas del ayuda de cámara del marqués.

Cuando entramos nos encontramos entregado á un terrible delirio á Calcorra.

La herida ha sido más grave de lo que parece.

Rita y yo aborrecemos de muerte á Calcorra.

Yo, por lo que me martiriza.

Ella, que me ama, por el martirio que sufro.

Pero es astuta.

Engaña á Calcorra.

Y de tal manera, que él tiene una absoluta confianza en ella.

Me cree tan guardada cuando ella me acompaña en la calle, como si me tuviera encerrada en una caja de hierro.

—Una palabra, señora,—dijo el conde:—¿engañará Rita á Baltasar como engaña á vuestro marido? Lo sentiria, porque estimo mucho á Baltasar, y está loco por ella, hasta el punto de que con ella quiere casarse.

—¡Ah! no; ella le ama con una vehemencia increíble. Desconfía de él, porque cree es un pícaro muy largo, que pretende engañarla, y llora. Por todos conceptos puede casarse tranquilo, si la ama, vuestro criado con Rita.

—Gracias, señora, en nombre de Baltasar. Ahora os suplico continueis.

—En un momento lúcido de su delirio, Calcorra nos vió junto al lecho á Rita y á mí.

Se irritó contra mí.

Me dijo que yo era una miserable, una infame.

Que queria matarle.

Me ordenó me fuese.

Yo salí irritada; ya de todo punto cansada, desesperada, resuelta á todo.

Pensando en vos como mi única esperanza.

Eran á todo esto las nueve de la noche.

Calcorra, que cree que Rita siente por él un grande afecto, se entregó á ella, y la pidió le diese una tisana cualquiera que templase la sed que le devoraba.

Rita me buscó, y me dijo:

—Tenemos asegurada nuestra cita con el conde de la Salmedina y con Baltasar: el amo me ha pedido una tisana, y yo voy á dársela; pero voy á coger adormideras al jardin, y os aseguro que hasta mañana por la mañana no despertará el amo.

—¿Sabes tú lo que son las adormideras, Rita?— la pregunté.

—¡Ah! demasiado, señora; si se carga la mano, se puede producir la muerte; pero yo no coceré más que doce cabezas, y no haré que se consuma el agua más que lo necesario para que el amo duerma como un tronco. Dentro de media hora dormirá.

En efecto; así ha sucedido, y nos hemos encontrado completamente libres á la hora de la cita.

Ahora oid.

Hace un año, una noche oí yo en la calle las señas que se acostumbra á hacer cuando hay necesidad de franquear la entrada al rey y al marqués de Esquilache, ó al marqués solo.

Bajé y abrí el postigo del jardin, y me encontré con el marqués de Esquilache, á quien acompañaba



una dama envuelta en un manto, y una criada, tambien muy envuelta, que luego resultó ser Rita.

Los seguia un mozo de cordel cargado con una gran maleta.

El mozo de cordel no pasó del postigo.

Se retiró inmediatamente despues de haber dejado dentro del jardin la maleta.

Por cierto que pesaba mucho.

Lo noté cuando tuvimos necesidad de cargar con ella Calcorra, Rita y yo.

Nos arrastraba el peso, y teniamos necesidad de descansar á cada paso.

Subirla nos costó un triunfo.

El marqués de Esquilache subió con la dama encubierta al cuarto de mi marido, que se encerró con ellos.

Rita se habia quedado conmigo.

Yo no me atrevia á preguntarla nada, por temor de cometer una indiscrecion que irritase á Calcorra.

Pero no podia ménos de admirarme la hermosura de aquella niña, que sin duda, á juzgar por su color, era esclava de la señora que estaba encerrada con Esquilache y con Calcorra.

El encierro duró una hora.

El marqués de Esquilache salió, y me dijo:

—Echame fuera, Ana.

Ya sabeis lo que es para mí Esquilache.

Le conduje hasta el postigo, y salió.

Cuando subí y entré en la sala, me detuve asombrada.

Figuraos á una señora alta, magnífica, infinitamente más morena que yo, con los ojos más grandes que los míos, con los cabellos más rizados y más abultados que los míos, y más negros que los míos ojos y cabellos; de edad madura ya, lo que no podía desconocerse.

Conservaba y conserva, porque aún vive, una gran fuerza de juventud y de hermosura.

Pero de una hermosura enérgica y dulce á la par. Perfecta y mórbida.

El conde, sin poderse explicar la causa, llevó su pensamiento á la esposa del marqués de Letour.

A la que hacia tanto tiempo habia perdido de vista Margarita.

Una alegría inmensa inundaba el alma del conde, que esperaba fecundísimos resultados de aquella extraordinaria aventura.

Y al mismo tiempo el conde se volvía lleno de agradecimiento á la Providencia, y la daba gracias.

Anita continuó:

—Aquella señora se me hizo extraordinariamente simpática.

Habia en ella una bondad que no podía desconocerse, y á la par nobleza y grandeza.

Al dia siguiente despedimos la vieja criada que nos servia, y nos quedamos solos con Rita.

Calcorra no me dijo nunca quién era aquella señora, á quien llamábamos doña Juana, ni doña Juana me dijo nada acerca de sí misma, ni yo la pregunté.

En cuanto á Rita, que me habia cobrado un gran afecto, y que me trataba con una gran confianza, me dijo que ella habia nacido en la isla de Cuba en casa de unos amos que la habian tratado más como hija que como esclava, que habian cuidado de ella y que la habian educado bien.

Que sus padres estaban casados.

Que sus amos los consideraban como de la familia.

Que habian muerto cuando ella era muy niña.

Que apenas los recordaba.

Murió el buen amo de Rita cuando la triste aun no contaba ocho años, y su sucesor no fué tan bueno para ella.

La puso á trabajar.

Al fin la vendió á un francés que habia ido á visitar la isla de Cuba, y que la trajo consigo á Europa, á Paris.

Murióse el francés cuando Rita apenas habia contado sus diez años.

La pobre, á título de esclava, fué incluida en la almoneda de la testamentaria como una cosa, como un mueble.

Entonces la conoció la señora de quien nosotros, yo á lo ménos, no sabiamos sino que se llamaba doña Juana.

Se compadeció de ella y la compró.

Doña Juana vivia en Paris en un verdadero palacio, asistida por una gran servidumbre y con el lujo de una princesa.

Rita no podia decir otra cosa sino que á casa de su señora iban con mucha frecuencia grandes personajes.

Al fin un dia, doña Juana, ó más bien la marquesa de Letour, como se la llamaba en Paris, emprendió de repente un viaje á España sin más servidumbre que Rita y sin más equipaje que la grande y pesadísima maleta que tanto trabajo nos habia costado subir al aposento que en nuestra casa se habia dado á doña Juana.

Nada más me pudo decir Rita, porque nada más sabia.

Ella amaba y ama entrañablemente á doña Juana, á quien consideraba por sus beneficios como su segunda madre.

Con mucha frecuencia doña Juana, Calcorra y Esquilache, se encerraban y hablaban en secreto, de tal manera, que no podia entenderse ni una palabra de lo que hablaban.

A veces Esquilache se encerraba sólo con aquella señora.

Una sola vez aquí mismo tuvieron una larga entrevista secreta ella y el rey.

La marquesa de Letour, por lo tanto, no podia ménos de ser una altísima persona, que vivia de una manera perfectamente secreta en Madrid.

Ella no salia nunca á la calle ni se asomaba jamás á un balcon.

Por otra parte, nadie entraba en nuestra casa más que el rey, y el marqués y la marquesa de Esquilache.

Y aun así, en altas horas de la noche y con grandes precauciones.

La marquesa de Letour ignoraba completamente las venidas aquí de la marquesa de Esquilache.

Un día, hace seis meses, Calcorra, que dispone de mí como de una esclava, porque me inspira un terror indecible, me dijo dándome una redomita de cristal:

—Tú tienes una gran confianza con la marquesa de Letour, que te estima sobremanera; entras con una gran libertad á todas horas en su cuarto: pon en el agua que se deja á esa señora de noche quince gotas de esto; y cuenta que si no responden los resultados, sabré que me has desobedecido.

Ya os he dicho, señor conde, que soy inocente del crimen contra la marquesa de Letour.

Yo sucumbí al terror que me inspiraba Calcorra, en cuyas manos no era yo una persona, sino una máquina.

Aquella misma noche obedecí á Calcorra.

Entré en el aposento de la marquesa cuando ya esta se habia recogido, cuando Rita, que tiene su cuarto en el piso bajo, se habia recogido tambien.

Cuando entré, la marquesa, que no cerraba nunca su cuarto, porque confiaba en nosotros, engañada por los informes que de nosotros la habia dado Esquilache, dormia profundamente.

Yo, estremeeciéndome, soportando un horror de que no podeis tener idea, porque yo creia que aquello fuese un veneno, aterrada por la ferocidad de Cal-

corra, vertí con la mano trémula y estremecida de espanto, no sé qué cantidad de aquel licor en la jarra de cristal llena de agua, que se dejaba por la noche en una mesita junto al lecho, al alcance de la mano de la marquesa.

Después de esto, salí horrorizada de mí misma.

Mi desgracia no podía ser mayor.

Abusando de los sufrimientos de una horrible miseria, se me habia arrojado á lo repugnante.

Abusando después de mi cobardía, se me lanzaba en el crimen.

La cena que se habia servido aquella noche habia sido excitante.

Calcorra, que velaba conmigo, me hacia entrar de tiempo en tiempo en el aposento de la marquesa para ver si habia bebido.

Cuando entré por la tercera vez, como á las dos de la mañana, la jarra estaba completamente vacía.

Tuve miedo de examinar á la marquesa.

Pero una fuerza superior á mi resistencia me impulsó.

La marquesa dormia de una manera muy diferente que las veces anteriores que yo la habia examinado.

Parecia sumergida en un sueño letárgico.

Yo me tranquilicé un tanto.

Aquello no era un veneno.

Moví á la marquesa, y no despertó.

Avisé á Calcorra, que acudió inmediatamente.

—Vas á ver por qué he hecho yo esto,—me dijo,

cuando se cercioró de que la marquesa estaba perfectamente aletargada;—lo que le has dado no es otra cosa que un extracto de adormideras; en una palabra, ópio. No tenemos necesidad de matarla; busca las llaves del armario y de la papelera de la marquesa.

Se trataba, pues, de un robo.

Yo no sabia sino obedecer á Calcorra, fuese lo que fuese lo que me mandase.

Busqué un arito de llaves, de que yo habia visto servirse á la marquesa, y le encontré en un cajon de los de la parte inferior de la papelera.

Lo di á Calcorra.

Este abrió el armario, y encontró en él todo el contenido de la maleta, que consistia en mucha ropa blanca, en algunos trajes de seda, y sobre todo en un gran número de alhajas de un valor extraordinario, y cuatro talegos de dinero en oro.

—Es necesario trasladar todo esto,—dijo Calcorra;—pero antes que todo es necesario trasladarla á ella.

Yo callaba y obedecia.

Os confieso que la vista de aquellas alhajas, de aquel oro, me habia embriagado, y obedecia con ménos repugnancia á Calcorra.

Entre él y yo sacamos del lecho á la marquesa de Letour, y la bajamos silenciosamente al sótano.

Entonces supe lo que no sabia, esto es, que en el sótano, disimuladas por una capa de tierra, habia algunas compuertas, abiertas las cuales se encontraba una rampa suave.

Calcorra desembarazó de esteras viejas y de muebles, que estaban allí exprofeso para ello, las compuertas, y las abrió.

Entre tanto, la marquesa de Letour había estado abandonada sobre la tierra húmeda.

Cuando las compuertas hubieron estado abiertas, bajamos la rampa, y entramos en una mina alta y ancha.

Podía pasar por ella muy bien un caballo, cargado con su ginete.

A poco que avanzamos encontramos una puerta, que Calcorra abrió.

Aquel era y es un pequeño aposento: en él había un lecho, una silla y una mesa.

Calcorra lo había preparado todo.

Pusimos en el lecho á la marquesa.

—Ella volverá en sí,—dijo Calcorra,—y cuando vuelva que grite todo lo que quiera; nadie la oirá seguramente.

Salimos, y Calcorra cerró la puerta.

Subimos y trasladamos las alhajas y el dinero al armario de Calcorra.

El hueco que habían dejado las alhajas y los talegos se disimuló, poniendo en él parte de las ropas de la marquesa, que se quitó de otras partes demasiado recargadas del armario.

En la papelera nada encontró Calcorra, ni aun un papel escrito.

Volvió á dejar las llaves en el cajon de la papelera, donde yo las había encontrado.

Luego salió, volvió con una escala, abrió el balcon, y puso en él la escala que había traído.

Después de esto nos acostamos, tranquilamente él, yo inquieta de una manera terrible.

Por la mañana nos despertaron unos grandes golpes que dieron á la puerta de nuestro cuarto.

Abrimos, y encontramos á Rita, que aparecía aterrada.

—La señora se ha ido,—dijo,—y yo no comprendo cómo puede haberse ido la señora, sobre todo sin mí.

—¿Pero qué estais diciendo?—exclamé yo, que había ido á abrir la puerta.

—Digo que he entrado esta mañana como de costumbre á llevarla una taza de leche, y no la he encontrado; pero en cambio he visto el balcon abierto, y pendiente de él, sobre la calle, una escala.

—¿Pero cómo es eso?—exclamó saltando del lecho y como aterrado Calcorra.

—Sí, sí señor,—dijo Rita;—mi señora ha huido; el balcon está abierto, de él cuelga una escala, y en la calle hay mucha gente mirando esta escala.

En aquel momento llamaron con fuerza á la puerta.

Rita fué á abrir, y entre tanto nos pusimos á vestirnos apresuradamente Calcorra y yo.

Rita vino á decirnos que quien había llamado era la justicia, y que un alcalde estaba ya en la sala.

Acabamos de vestirnos Calcorra y yo.

Salimos, y el alcalde nos dijo:

—¿Qué escala es ésa que se ve pendiente de uno de los balcones de vuestra casa, y que está causando escándalo?

—Eso acaba de decirnos la criada que os ha introducido,—dijo Calcorra.

Y no quiso decir la esclava, porque si lo hubiera dicho, Rita hubiera sido embargada por la justicia como una cosa.

Rita, que estaba presente, comprendió la contestacion de Calcorra.

—¡Criada y no esclava!—dijo el alcalde.

—No, no señor,—dijo Rita;—yo soy negra, pero no soy esclava; yo lo he sido del señor marqués de Esquilache; pero el señor marqués me ha dado la libertad, y estoy sirviendo á este mi amo que teneis presente, á quien estima mucho su excelencia.

No gustó mucho á Calcorra que Rita hubiese echado al aire sus grandes relaciones con el marqués de Esquilache.

Pero Rita habia hecho bien.

La respuesta produjo un excelente efecto.

El alcalde preguntó ya muy poco, se informó muy por encima; su escribano extendió la diligencia al tenor de lo que nosotros le dijimos, se fueron, y hasta hoy no ha habido ninguna otra consecuencia.

Rita habia creído, y cree, que su ama se habia ido como fugada.

—¿Y por qué ha hecho eso?—le preguntamos.

—¡Qué sé yo!—dijo Rita;—mi ama no me revelaba ninguno de sus secretos: me trataba bien, y na-

da más; pero yo he visto en ella misterios acerca de los cuales nada he podido aclarar ni aun adivinar; sólo he podido entrever que algunas veces de noche entraba en su habitación recatadamente un hombre; pero aun esto no podía asegurarlo. ¡Ah! y siento que se haya ido, porque la manera de su ida indica que no debe volver, y yo la quiero mucho.

Y Rita se echó á llorar.

Esto nos probó que Rita había creído lo de la fuga de su señora.

Cuando estuvimos solos, Calcorra me dijo con su ferocidad de lobo:

—Hay de tí si por una imprudencia tuya llega á sospechar algo Rita. Los antecedentes que ella tenía de su señora nos han favorecido; ella ha creído en la fuga de la marquesa, no nos comprometas tú.

El miedo que me causaba mi marido producía en mí maravillas.

Si Rita hubiera dudado, la manera con que yo la hablé de la desaparición de su ama hubiera desvanecido sus dudas.

Rita, pues, nada sabe.

Pero la marquesa de Letour está todavía en la habitación subterránea.

Yo no la he vuelto á ver desde que Calcorra y yo la bajamos á ella.

Calcorra la cuida.

Nada puede observar Rita, porque la mina donde está la habitación en que se encuentra la marquesa,

tiene su entrada de la otra parte, por una casa de labor que está en la dehesa de Amanuel.

Por allí Calcorra ha introducido provisiones que pueden comerse sin condimentarlas, y con las cuales alimenta á la marquesa; frutas secas, conservas, quesos, huevos cocidos, jamon, vino y agua.

En cuanto al pan, lo baja en los bolsillos Calcorra.

El solo la cuida bajando una vez por la noche cuando Rita duerme, y no ha vuelto á hablarme de la marquesa.

—Y bien,—dijo con vehemencia el conde,—es necesario librar cuanto antes á esa señora.

—Guardémonos bien de hacerlo por nosotros mismos, señor conde,—dijo Anita;—la libertaremos, sí, pero de una manera indirecta. Es necesario que no se sepa que vos habeis andado en este negocio. La situacion en que os colocaríais seria demasiado comprometida. Calcorra tiene mucha influencia sobre Esquilache, y Esquilache la tiene inmensa sobre el rey. Pero vos os quedareis entre tinieblas; nadie podrá ni aun sospechar que habeis andado en esto, y en cuanto á mí, espero hareis de manera que nadie sabrá el lugar donde estemos retiradas Rita y yo.

—Descuidad, señora,—dijo el conde;—pero ¿qué vais á hacer?—añadió viendo que Anita se levantaba y se dirigia á una papelera.

—Voy á escribir,—dijo.

—¡A escribir!—exclamó el conde.—¿Y á quién?

—Si no se la da parte del secuestro de la marquee-

sa de Letour,—dijo Anita,—¿cómo podría conocerle la justicia? Calcorra volvería al fin en sí del narcótico que se le había dado, y todo se reduciría á nuestra fuga; él haría lo bastante para ocultar de una parte, en otro lugar, á la marquesa, y de otra para descubrir el lugar donde nosotras estuviésemos ocultas. Es necesario que la justicia libere á la marquesa y prenda á Calcorra. Despues veremos quién tiene más influencia sobre Esquilache, si Calcorra ó la marquesa.

Y Anita, que mientras hablaba había abierto una magnífica papelera y encontrado en ella recado de escribir, escribió la carta siguiente:

«Señor alcalde: En la casa número quince de la calle de San Cristóbal, que es del señor Cosme Calcorra, oficial mayor de la contaduría del Gremio de la seda, y habita en dicha casa, le encontrareis en su lecho aletargado; si descendéis á los sótanos, á poco que investigueis debajo de los muebles y esteras viejas encontrareis unas compuertas que cubren una rampa; esa rampa conduce á una mina; á la entrada de esa mina á la izquierda, hay una puerta; pasada esa puerta encontrareis á la señora marquesa de Letour, que hace seis meses está allí secuestrada.—

»Yo no he tenido parte en esto, yo no he podido comunicarlo á la justicia por el temor que me inspira mi marido; pero no pudiendo resistir ya más el efecto que causa en mí la desventura de esa señora, he huido aletargando á mi marido; pero al huir avi-

so á la justicia, que en su dia estimará en lo que vale mi conducta.

«Vuestra respetuosa servidora,

ANA DEL REY.»

La jóven presentó esta carta al conde.

—Perfectamente,—dijo éste despues de haberla leído,—muy bien pensado. Mi ayuda de cámara Baltasar hará, sin que sobrevenga compromiso alguno, que esta carta llegue esta misma noche á manos del alcalde de casa y corte del cuartel; pero antes será necesario que vos y Rita estéis en lugar seguro; yo no tengo conocimientos para esto, pero Baltasar conoce á medio Madrid, y él se encargará de ello.

—¡Oh! habeis venido á libertarme de ese hombre y á hacerme feliz, porque yo os amo.

—¡Ah, yo estoy enamorado de vos hasta las entrañas, Anita!—dijo el conde, á quien convenia enganar á la jóven, y á quien, por otra parte, á pesar de sus grandes amores, tomándolo como una aventura, gustaba extraordinariamente Anita, que era muy bella, y parecia más bella aún porque se habia enamorado del conde, y la expresion de su amor realizaba su juvenil belleza.

Cerró Anita la carta, y la puso por sobre-escrito:

«Al señor Alcalde de casa y corte del cuartel.»

—Y bien,—dijo el conde,—hemos hablado ya todo lo que necesitábamos hablar, y no debemos estar aquí ni un momento más; id, preparaos, llamad á Rita y á Baltasar; no os traigais con vos más que lo

puesto; yo me encargo de vos, y no necesitareis nada: tendreis conmigo mucho más que lo que teniais con Calcorra, y asegurado un porvenir mucho mejor.

—¡Oh, cuánto os amo! ¡y qué feliz soy!—exclamó Anita, arrojándosele al cuello y besándole en la boca.

Luego se separó de él, y salió rápidamente.

Una alegría inmensa inundaba el alma del conde.

Habia encontrado á la esposa de Letour, aquella señora que hacia tanto tiempo habia perdido de vista Margarita, á quien tanto amaba y que tanto la habia amado.

El conde podria entenderse con ella.

Podria tal vez llegar por su medio al conocimiento del origen de Margarita.

Esto era cuanto se necesitaba para su enlace, porque el conde estaba resuelto á casarse con Margarita, fuese cualquiera su origen: alto ó humilde, ya fuese hija legítima, ó hija natural.

No faltaba para esto más que establecer la personalidad de Margarita, que hasta entonces era un misterio que hacia imposible un enlace.

Anita volvió muy pronto, trayendo consigo á Rita y á Baltasar, que no parecia muy satisfecho.

Sin duda Rita le habia tratado de una manera dura.

Ana y Rita venian envueltas en mantos.

—Salgamos de aquí cuanto antes,—dijo Anita.

—Esperad,—respondió el conde;—antes de todo

es necesario saber si Baltasar conoce alguna casa honrada y de confianza donde se os pueda depositar al momento; no hemos de andar vagando por las calles.

—Yo conozco,—dijo Baltasar,—no muy lejos de la calle de Cuchilleros, una beata, lo más á propósito del mundo, en cuya casa no entra más que su confesor, que es un mercenario respetable, y yo que la conozco desde hace mucho tiempo por una cierta comadre suya, á quien yo conocí antes de que se casara; es casa de la cual respondo. Allí estarán perfectamente estas señoras, como en depósito, hasta que vuecencia disponga otra cosa.

—Pues vamos al momento,—dijo el conde.

Salieron.

Abrió Anita el postigo.

Cuando estuvieron en la calle, arrojó la llave del postigo al jardin por encima de la tapia.

Capítulo XXVI.

Cómo entraba en aquellos tiempos en una casa la justicia.

Una hora despues, don Melchor de la Carrascosa, alcalde de casa y córte, dormia tranquilamente, cuando fué despertado por su ayuda de cámara, que como criado de un alcalde era ministro de justicia.

Este criado tenia en la mano una carta.

—¡Eh, qué es eso!—exclamó soñoliento y de muy mal humor el alcalde.

—Yo no sé cómo vuestra señoría no ha despertado á los grandes golpes que acaban de dar á la puerta.

—Bien, bien,—dijo el alcalde, dando vueltas á la carta que tenia en la mano;—ya ves que no he despertado. ¿Pero quién ha traído esto?

—No lo sé.

—¡Cómo! ¿Se ha venido esta carta sola?

—Poco ménos,—respondió el ayuda de cámara,—porque cuando abrí la ventana de mi cuarto para ver quién alborotaba á la puerta, oí una voz chillona, desfigurada, que me dijo sin que yo hubiese hablado una sola palabra:

—Por el ventanillo de la puerta he echado en el portal una carta, que importa mucho ver al señor alcalde, porque se revela en ella un gran crimen.

Y apenas dijo esto apretó á correr, y desapareció como una exhalacion.

—Abre, abre esa carta, y retírate para abrirla,—dijo el alcalde á su ayuda de cámara, dándole la carta.

—Eso es,—exclamó el criado;—vuestra señoría sabe que andan por el mundo ciertos criminales ocultos, que envían cartas con fulminante á sus enemigos para asesinarlos sobre seguro y sin dejar indicios.

—Pero yo no tengo enemigos, estúpido.

—Los señores alcaldes de casa y córte tienen siempre tantos enemigos como reos sentencian.

—Retírate y abre esa carta.

—Pero considere usía...

—Obedéceme, ó te armo un proceso por inobediente y te planto en presidio.

El criado se retiró murmurando, y extendió mucho los brazos, todo lo que pudo, para abrir con la extremidad de los dedos, y lo más lejos que pudiese de sí, la carta.

—Véte, véte más lejos,—exclamó el alcalde;—vuélvete de espaldas á mí.

El ayuda de cámara obedeció.

El alcalde le miraba con ansiedad, esperando una tremenda explosión.

—¡Ah! No, no,—dijo alegremente el ayuda de cámara,—quien ha traído esta carta no es enteramente un mal hombre, porque algo mal hombre debe ser cuando ha dejado artificiosamente esta carta y ha huido. Aquí tiene usía la carta abierta.

El alcalde la leyó.

—Anda, anda,—dijo á su criado,—que se avise al momento á mi ronda, que esté aquí dentro de media hora, ó antes si es posible; y tú vuelve á vestirme.

A la media hora don Melchor, con su toga, su vara, su espada, su capa larga y su sombrero gacho á la española, porque era muy español y no entendía de otras cosas para ir de ronda, acompañado de la suya, que era numerosa y brava, llamaba á la puerta del señor Calcorra, con el mismo efecto que si hubiera llamado á la puerta de un panteón.

Calcorra no oyó el llamamiento, ni más ni menos que como si no hubiera podido oírle el muerto á la puerta de cuyo panteón se llamase.

Después del tercer llamamiento, de la tercera invocación del nombre del rey, visto que de dentro no se respondía ni aun se daban señales de vida, don Melchor hizo librar testimonio al adjunto escribano, y mandó que por diligencia se fuese á buscar un cerrajero que abriese la puerta, y dos hombres buenos de la vecindad, testigos de mayor excepción

y de rectitud probada, para que interviniesen en el acto y garantiesen la seguridad individual de los habitantes de aquella casa, donde debia entrar la justicia en averiguacion de un crimen.

Esto representaba en aquellos tiempos en cierto modo y de una manera bastante la inviolabilidad del domicilio, ó más bien la inviolabilidad del hombre, antes de que pueda considerársele como culpable.

La justicia tiene derecho á entrar en todas partes en averiguacion y persecucion de un crimen; pero siempre con estricta sujecion á las leyes.

Llamóse otrosi al alcalde de barrio.

Se pasó bien otra media hora mientras se reunieron el alcalde de barrio, los dos hombres buenos y el cerrajero, acompañado del aprendiz, cargado con un saco, en que iba un arsenal de herramientas.

Muchos vecinos habian acudido, y estaban en la calle curioseando.

Casi todas las ventanas estaban abiertas, y en ellas habia gente.

Un oficioso habia traído un hacha de viento.

La habia encendido, y su fuerte luz rojiza inundaba aquel cuadro, que tenia mucho de singular y de pintoresco.

Una vez reunidos todos los elementos necesarios para proceder á abrir legalmente la puerta, el mismo don Melchor en persona dió tres fuertes y pausados golpes con la aldaba sobre la puerta, diciendo al mismo tiempo con voz estentórea:

—¡Ha de la casa!... ¡Abrid á la justicia del rey nuestro señor!

Esperó un tanto don Melchor, y como nadie le hubiese respondido, hizo en la misma forma su segundo llamamiento.

Después de una pausa igual por no haber obtenido respuesta, hizo el tercero.

Sólo entonces, y no habiendo obtenido contestacion, mandó al cerrajero franquease la puerta.

—¿Y cómo quiere usía que yo la abra?—preguntó el mecánico.—¿Con llave maestra ó á tenaza?

—Con lo que sea más pronto y cause ménos daño,—contestó el alcalde de casa y córte.

Echó mano á la espalda de su aprendiz el cerrajero, esto es, al saco de las herramientas.

Sacó de ella dos ó tres llaves.

Cogió una; la metió en la cerradura, y aunque el fiador se corrió, la puerta continuó firme.

—Tranca hay ó cerrojos,—dijo el cerrajero.

—Tentemos, pues, el postigo del jardin,—dijo el alcalde, aconsejado por su práctica y acordándose del texto de la carta,—que puede ser muy bien que el postigo sólo esté cerrado con llave.

Allá se fueron.

Y en efecto, bastó una ganzúa para que la puerta del postigo se franquease.

—Quédense aquí,—dijo el alcalde,—guardando la entrada los de la ronda; sólo pasen el señor escribano, el alcalde de barrio, los dos hombres buenos y cuatro alguaciles para alumbrar.

Y para que ello tuviera lugar, pasaron los nombrados por don Melchor.

Dos alguaciles que llevaban linterna, tiraron de las espadas y se pusieron á la cabeza.

Siguieron inmediatamente detrás el alcalde de casa y córte y el escribano.

Luego el alcalde de barrio y los dos vecinos interventores.

El uno de ellos llevaba un gran pistolon.

El otro un espadin.

En cuanto al alcalde de barrio, habia tirado de su espada.

Cerraban, por último, la columna dos alguaciles con linternas y las espadas desnudas.

La multitud, que ya la habia, se apiñaba en la calle, contenida por la ronda, y los más próximos se empinaban y alargaban el pescuezo, avizorando lo que podian dentro del jardin.

El del hacha de viento, á pretexto de alumbrador, habia querido penetrar.

Pero no se le habia permitido y habia quedado en primer término, produciendo algunas quemaduras con su hacha, cuando la sacudia para que alumbrase mejor.

Al fin le echaron por perjudicial.

Capítulo XXVII.

De las extrañas cosas que encontró casa de Cosme Calcorra la justicia.

En tanto la justicia escudriñaba el jardín.

Nada se encontró.

El alcalde se entró entonces con su acompañamiento en la sala baja que ya conocemos, donde habían estado el conde de la Salmedina y Anita.

La papelería había quedado abierta, y sobre la tabla una escribanía de plata muy linda, algunos pliegucillos de papel fino y un pedazo de lacre.

La pluma estaba abandonada.

—Venid acá, señor escribano, y comparemos,—dijo el alcalde sacando la carta;—empecemos por el papel.

Comparado el papel por su cuerpo, su tamaño y su marca, visto al trasluz, se encontró que era el mismo.

La marca consistía en un círculo, dentro del cual había un picador aguantando un toro, y al rededor, entre dos líneas concéntricas, se leía: *La Navarra: viva el rey y la gente cruda.*

Comparado el lacre, se encontró que era el mismo.

Encontróse un sello de cornalina, una verdadera antigüedad romana, que representaba en hueco una Venus y un amorecillo.

Estos aparecían en relieve en el sobre de la carta.

El escribano probó la pluma.

Con ella había sido la carta escrita, y la tinta tenía el mismo tono.

No había duda.

La carta se había escrito allí.

El juez se apoderó del papel, del tintero, del sello, de la pluma y del lacre, como de otros tantos cuerpos del delito.

Reparóse junto á la chimenea dos hermosos sillones dorados, puestos el uno junto al otro, en tal disposición, que daban el indicio de que allí hacia poco tiempo había habido dos personas.

La chimenea ardía aún.

El reloj colocado sobre ella, marcaba la una.

De todo esto se tomó acta.

—Y vive Dios,—dijo el alcalde,—que yo no creía que en una casa de tan sencilla apariencia exterior hubiese una sala tan rica como esta: no desmerece por su lujo de las habitaciones de Palacio. Investiguemos.

El alcalde se fué al pórtico, cerrado por las cortinas de terciopelo franjeadas de oro.

Se encontró en una magnífica alcoba, en la cual había un ostentoso y alto lecho, que podía considerarse como nupcial.

En un pequeño velador, puesto junto á la cabecera, que podía considerarse como mesa de noche, había un candelero de plata, y en él una bujía de esperma de ballena trasparente y de color de rosa á medio consumir.

Junto al candelero había una gran caja de rapé de oro.

El alcalde se apoderó de ella, y apenas la vió, hizo un gesto.

Abrió enormemente los ojos y la boca, y se guardó precipitadamente la tabaquera en el bolsillo, despues de haberla dado una rápida vuelta.

—Poco á poco, señor alcalde,—dijo el hombre bueno del pistolon,—que nosotros hemos venido aqui para intervenir y declarar que nada oscuro ha hecho la justicia en nuestra cualidad de hombres buenos, y ya tenemos aqui una oscuridad; vuestra señoría se ha guardado un objeto encontrado aqui dentro, y nosotros nos retiraremos y haremos como en derecho nos corresponda, si no se nos manifiesta visible y palpablemente, y de una manera bastante, ese objeto.

El alcalde, que era de los bravos, miró foscamente al de la gran pistola, y le dijo con acento cascarreño que hacia un poco trémulo la cólera:

—Yo supongo, señor mio, que vos ni ninguno de

Los circunstantes habrá creído que yo he guardado lo que he guardado por provecho propio, sino por enormes, enormísimas razones que haya tenido para ello.

—Necesario es que conste,—dijo severamente el del pistolote, que era de aquellos antiguos españoles de chapa, y á juzgar por su casaca persona decente y de alguna cantidad,—que conste con sus pelos y señales lo mínimo que aquí se encontrare; de otro modo, nuestra presencia aquí como hombres buenos es inútil, y casi casi, y aun me atrevo á decir, que de todo punto escarneciente. Por lo demás, muy lejos de nosotros, y me atrevo á hablar con seguridad en nombre de los que me acompañan, el que vuestra señoría se haya guardado por provecho propio lo que tiene en el bolsillo; antes bien, creemos que para hacerlo desaparecer haya atendido á graves y poderosísimas razones; pero no hay razones que valgan ante la justicia, que requiere la más grande claridad. Salga, pues, á luz ese objeto, y examínese y conste en autos, que de otra manera, mi compañero y yo no firmaremos la diligencia, y protestaremos en derecho como nos corresponda, yo á lo ménos.

Y el preopinante habia pronunciado su discurso con voz campanuda, con la cabeza alta y con una seriedad extraordinaria.

Pero sin faltar en lo más leve, ni en el acento ni en la manera á la cortesía, á que tenia derecho como persona decente y como autoridad el alcalde de casa y córte.

—Y si esta tabaquera que yo me he guardado,—exclamó don Melchor, contenido por las prescripciones de la ley, porque el de la pistola estaba en su derecho,—si esta tabaquera de oro representase un alto y extraordinario secreto de Estado...

—Constar debe todo en investigaciones como esta,—dijo el del pistolon.

—Pues bien, señor,—contestó el alcalde,—yo me lavo las manos.

Y sacó la tabaquera y la mostró á todos.

Esta alhaja tenia sobre la tapa, en esmalte en miniatura, dentro de un cerco de diamantes y rubies, un retrato extraordinariamente parecido del rey don Carlos III, y en la parte contraria, dentro tambien de un rico cerco, el escuson de España con todos sus cuarteles.

Abierta la caja, se la encontró casi llena de tabaco.

El del pistolon metió los dos dedos de la mano izquierda, y cuando iba á sorber el rico polvo, el alcalde, tomando la revancha, le dijo:

—Mirad, señor mio, que lo que vais á hacer es en provecho propio, y que una vez sorbido el rapé no podreis devolverlo como yo he devuelto la tabaquera.

—Protesto,—dijo el del pistolon;—yo no aprovecho; yo inspecciono y reconozco.

Y sorbió.

Luego venteó.

Y al fin dijo:

—Conste lo que voy á declarar: este es rapé portugués, y por consecuencia de contrabando; certifiqúese que en una tabaquera que parece haberse dejado olvidada aquí por el rey nuestro señor, que Dios guarde, se ha encontrado tabaco de contrabando.

—Yo testimoniaré todo lo que sea necesario, excluyendo la frase en que se supone que esta tabaquera ha sido olvidada aquí por el rey nuestro señor, que Dios guarde, cuando muy bien ha podido dejarla una persona á quien el rey nuestro señor haya regalado esta tabaquera.

—Pero que conste, —dijo el tenaz hombre bueno, —que ha sido encontrada aquí esa tabaquera real junto á un lecho, y llena de rapé portugués; y librese ahora mismo testimonio de ello, y désenos copia al señor alcalde de barrio, á mi compañero y á mí.

El alcalde de casa y córte sudaba por el compromiso en que se veía metido; pero no podia eludirlo.

El alcalde de barrio y los dos hombres buenos hacian fe en derecho, y hubiera sido peor, mucho peor, la negativa que la aquiescencia.

Se libró el testimonio.

Libróse copia, de la que se encargó el hombre bueno del pistolon dando recibo.

Cárlos III habia sido cogido, como quien dice por las narices, que no las tenia pequeñas, en un renuncio.

Inspeccionaron minuciosamente aquel bello de-

partamento, y con la reserva de que más despacio despues se haria un minucioso inventario, como así mismo de lo demás que existiese en la casa.

Se penetró en ella.

En el piso bajo nada se halló de notable.

La cocina, una despensa y el cuarto de una doméstica, al parecer por los objetos abandonados que en él se encontraron, tales como ropa y zapatos ya usados, que por cierto eran pequeñitos y amoldados de una manera deliciosa.

Esto produjo algunas deducciones del hombre bueno del pistolon.

Iba ya cargando soberanamente al alcalde de casa y córte, por aquello de entrometerse en todo de una manera minuciosa, hasta lo irritante, con una seriedad inconcebible.

Indudablemente aquel señor era castellano viejo, de Valladolid, y no habia quien pudiese con él, tratándose, como se trataba entonces, del ejercicio de un derecho.

¡Ah! ¡Nuestros buenos abuelos!

Hoy un juez hubiera salido de una tal situacion de la manera más sencilla del mundo.

Imponiendo su autoridad.

En el cuarto de la doméstica aparecia el lecho con la cubierta levantada, y como acabado de abandonar.

Subidos que fueron á la parte superior, se registraron sucesivamente cinco habitaciones.

Una con alcoba, que tenia un balcon á la calle,

cuyo lecho estaba levantado y con señales de no haber servido en mucho tiempo.

Sus muebles eran buenos, aunque un tanto antiguos.

Entre ellos se veía un grande armario de caoba y una papelera.

Entrambas puertas estaban cerradas.

Dejóselos para abrírselos naturalmente si se encontraban las llaves, ó de no para que el cerrajero las abriese.

La segunda habitacion era una antesala, á la que se penetraba por un corredor, á que correspondia la puerta del aposento, que ya de primera intencion se habia inspeccionado.

En esta antesala habia dos puertas.

La una correspondia á un comedor, y la otra á un salon.

La quinta habitacion, por último, era un gabinete con entrada por el salon.

En este gabinete habia una alcoba.

En la alcoba un lecho nupcial.

En este lecho, con la cabeza vendada á causa de su herida en la ceja, y profundamente aletargado, estaba Cosme Calcorra.

—Aquí hace falta,—dijo el insoportable hombre bueno del pistolon,—un médico que declare el estado en que se encuentra este sujeto, al que hemos llamado y no ha respondido, al que hemos movido y no ha despertado. Esto es grave; nosotros no sabemos lo que puede sucederle á este hombre por consecuencia

de la situación en que se encuentra, herido á lo que parece, y sujeto por otra parte á la acción de algo que sin su voluntad ha tomado indudablemente; de una parte por deber, y de otra por caridad, debemos acudir en su socorro; llámese, pues, incontinenti el facultativo necesario.

El alcalde de casa y córte tragó por la centésima vez saliva.

Vaciló entre poner y no poner freno á aquel hombre bueno, insoportable, so pretexto de desacato.

Pero no había medio.

Como que el susodicho hacía siempre sus observaciones con una gran medida, con una gran cortesía, con un gran respeto; dentro siempre estrictamente de su derecho.

Esto no impedía el que el alcalde no le pudiese resistir.

Expidióse inmediatamente un alguacil, no en busca de un médico, sino de dos, á los que debía acompañar un cirujano.

En aquellos tiempos la cirugía y la medicina estaban de todo punto separadas.

Entre tanto, dejando allí de guardia dos alguaciles para que prendiesen y echasen mano al aletargado en el momento que despertase, el alcalde subió á las buhardillas, en las que sólo encontró algunos muebles viejos.

Luego, como quien estaba ya informado por la carta, bajó al sótano, é hizo desembarazar un espacio de las esteras viejas que lo cubrían.

—Aquí hay que levantar alguna tierra,—dijo el alcalde;—suba un alguacil al jardín, y traigase una de las herramientas que anteriormente allí hemos visto bajo un sotechado.

Disparóse el alguacil.

Quedóse reducida la columna judicial al alcalde de casa y córte, á su escribano, al alcalde de barrio y á los dos hombres buenos.

—Hasta ahora, señores,—dijo el alcalde, desenvainando la carta de Anita,—no sabeis por qué acusacion y en presencia de qué crimen denunciado somos venidos aquí.

Y el alcalde leyó la carta hasta la firma.

Entre tanto, llegó el alguacil últimamente expedido, trayendo una de esas pequeñas azadas que se llaman legones, con el auxilio del cual empezó á levantar tierra facilísimamente, porque aquella tierra estaba removida de hacia muy poco tiempo, y á poca profundidad dió con una compuerta, que desembarazada, se levantó, apareciendo una larga y estrecha escalera, por la cual descendió el alguacil, linterna y espada en mano, y le siguieron los dos alcaldes y los dos hombres buenos.

Continuaron hasta llegar á la mina de que ya tienen noticia nuestros lectores.

A los pocos pasos, y á la izquierda, el alguacil se detuvo delante de una puerta redoblada.

El alcalde de casa y córte llegó á ella y llamó en ella con la contera de su gruesa caña de Indias con puño de oro, que ya se habian trasformado en

bastones de jurisdiccion las que antes eran varas de justicia.

El primer llamamiento no obtuvo respuesta alguna.

Pero cuando el alcalde dijo:—«Responded sin temor, señora, á la justicia de su majestad nuestro señor, que Dios guarde, y que á libertaros viene de vuestro injusto secuestro,»—se oyó una voz argentina de mujer, aunque grave, que dijo en buen español, pero con un marcado acento extranjero:

—¡Oh, gracias á Dios! El se apiada de mí; pero yo no puedo abrir, señor; yo estoy encerrada, no sé desde cuánto tiempo; aquí la noche es eterna; pero la llave debe tenerla él, el miserable. Echad si no la puerta abajo.

—Eso es lo más pronto y lo más conveniente,—dijo el hombre de la pistola;—y á mí me parece que con la herramienta que ha servido para quitar la tierra, se puede con tres vigorosos golpes franquear esa puerta; y si aquí no hay quien las tenga, tengo yo fuerzas suficientes y aun sobradas para ello.

—Hágase como se dice,—contestó el alcalde, que no queria meterse en disputas con el del pistolon.

—Quedaránse vuestras señorías y los otros señores á oscuras, ó romperéme yo algo por estas sinuosidades,—dijo el alguacil,—porque aquí no hay más linterna que la presente.

—Váyase con ella,—dijo el alcalde,—que de aquí no nos moveremos, y vuelva cuanto antes.

El hombre bueno del pistolon, que habia pega-

do su oreja izquierda á la puerta, oía en lo interior el leve ruido que producian, al parecer, las ropas de una persona que se vistiese apresuradamente.

Era indudable que la prisionera estaba en el lecho en el punto en que habia llegado la justicia.

Sobrevino el alguacil con el legon.

El de la pistola entregó esta al alguacil, cambiándola por la herramienta.

Se terció la capa, que era tambien larga y cumplida á la antigua española, y tomando distancia, descargó con el aro del legon sobre la puerta por el sitio de la cerradura.

No al tercero, sino al segundo golpe, la puerta se abrió con fragor.

Un momento despues avanzaba una mujer hermosísima, morena, en la que, junta con la gravedad de la edad madura, aparecia una juventud poderosa.

Era, en una palabra, la marquesa de Letour, á la que no conocemos todavia más que con el nombre de doña Juana por el relato de Anita.

Al ver la hermosura de la marquesa, don Melchor se hizo atrás admirado.

El hombre bueno del pistolon, á pesar de su seriedad, lanzó una exclamacion de sorpresa.

El escribano, el alcalde de barrio, el otro hombre bueno y el alguacil, mostraban una especie de sobrecogimiento.

No habian previsto aquello.

La marquesa de Letour, por su hermosura y por su situacion particular, se habia impuesto á todos.

—Vosotros, señores,—dijo con afán la marquesa,—¿sois la justicia?

—Indudablemente, señora,—dijo don Melchor,—y nada teneis que temer.

—Pues bien; salgamos, salgamos de aquí cuanto antes,—dijo doña Juana;—este lugar me horroriza; habia perdido en él la esperanza, y lo consideraba como mi tumba.

Y la marquesa salió.

Don Melchor la dió galantemente el brazo.

—Despues examinaremos,—dijo el escribano,—lo que hay en ese lugar, en donde no hemos entrado.

Y llevó á la marquesa hácia la rampa.



MOTIN DE ESQUILACHE. — ¿Sois vos la justicia?

Capítulo XXVIII.

De qué manera se manejaba á la justicia en los que se llamaban los buenos tiempos del buen rey Carlos III.

—Por aquí he pasado yo sin sentido,—dijo la marquesa al atravesar el sótano;—yo no conozco estos lugares.

—Es muy posible, señora,—dijo el alcalde de casa y corte;—pero tranquilizaos; vuestro brazo tiembla.

—¡Ah! estoy estremecida,—exclamó la marquesa;—esto ha sido para mí inesperado; ¿pero cómo habeis podido saber, señor?...

—La Providencia, siempre la Santa Providencia de Dios, señora mia; cuando los criminales se disponen entre sí, generalmente el uno, por venganza del otro, se va con una delacion á la justicia.

—¿Y habeis vos recibido una delacion?

—Sí, por medio de una carta, y en el momento he venido á devolveros vuestra libertad.

—¿Y qué sois vos de la justicia, señor?—dijo la marquesa.

—Alcalde de casa y córte, para serviros, señora mia, en todo lo que con la justicia sea compatible.

Habian salido del sótano al piso bajo, y de este al jardin.

La guardia de alguaciles continuaba junto al postigo, pero á la parte de adentro.

Fuera se oia el murmullo de los curiosos que se agolpaban aún en la calle.

Un alguacil, el que habia ido á buscar al médico y al cirujano, avanzó y dió parte al alcalde de que habian llegado aquellos dos sujetos.

Las atenciones del alcalde se cruzaban, se complicaban, y todas eran preferentes.

—¿Cómo os llamais, caballero?—dijo don Melchor al hombre bueno de la pistola.

—Don Diego de Someruelos, propietario,—contestó aquel,—y con mi persona, está á disposicion de vuestra señoría mi casa, en esta calle de San Cristóbal, número tres.

—Mil gracias, señor don Diego; ahora bien, y como tenemos necesidad de acudir á lo más urgente, no hemos de hacer que nos acompañe esta señora al reconocimiento facultativo de un hombre, lo que serian decente, y no podria hacerse si no en un caso extremo para esclarecimiento de la verdad, vos me ha-

reis la merced de quedaros acompañando á esta dama en la sala baja.

—Con toda mi voluntad, señor alcalde,—dijo don Diego sin apear-se de su seriedad.

Debemos advertir, que habia recobrado su enorme pistola.

Pero por consideracion á la marquesa, y á que esta no se asustase, ó más bien le tomase por un grosero, la entregó á un alguacil.

El alcalde los introdujo á la marquesa y á él en la sala baja, y se fué con el resto de la gente.

Don Diego, que como hemos podido adivinar era muy cortés, se quitó el sombrero en cuanto entró en la sala, le tuvo en la mano, acercó un sillón á la chimenea para la marquesa, y sin dejar el sombrero avivó el fuego.

La marquesa se sentó y se calentó con placer.

Se advertia que estaba fuertemente sobrecitada.

Don Diego permaneció de pié á alguna distancia, sombrero en mano.

Pasaron algunos segundos.

Al fin la marquesa dijo:

—¡Ah! perdonad, señor mio, no habia reparado: hacedme la merced de sentaros.

Don Diego tomó un sillón, le puso á una distancia medida por la etiqueta, y se sentó, quedando en una actitud seria y respetuosa.

—¿Sois vos tambien de la justicia, caballero?—preguntó la marquesa.

—No, ni lo quiera Dios, señora,—se apresuró á

decir don Diego:—aunque la obedezco y la auxilio cumpliendo con mi deber, yo estoy aquí como hombre bueno: se me ha sacado del lecho para serlo: he obedecido, y hé aquí todo.

La marquesa comprendió que don Diego la habia contestado simplemente por cortesía, que era hombre de pocas palabras, y guardó silencio.

Como á los diez minutos volvieron á aparecer el alcalde de casa y córte, su escribano, el alcalde de barrio, el otro hombre bueno y dos alguaciles.

Veamos lo que durante aquellos diez minutos habia sucedido en el piso superior.

El médico habia declarado que Calcorra se encontraba en un estado letárgico, producido por una sustancia indudablemente; pero que él no podia determinar; y el cirujano, despues de haber reconocido la herida, declaró que esta era leve, recibida, á juzgar por su estado, hacia ya muchas horas, y que de ella no podia provenir el estado letárgico en que se encontraba el herido.

Tomó nota de esto el escribano; se dejó en libertad al cirujano y al médico de volver á su casa, y el alcalde bajó con su acompañamiento á la sala baja.

Hizo salir á los alguaciles, y se quedó con la marquesa, los dos hombres buenos y el escribano!

Comenzó entonces el interrogatorio de la marquesa.

—¿Vuestro nombre, señora?—dijo el alcalde, despues de haberla exigido el juramento de fórmula.

—Giovanna de Fiori, marquesa de Letour,—contestó esta.

—Vuestro nombre y vuestro apellido, como vuestro título, son extranjeros.

—Sí, yo he nacido en Roma, en el Transtevere, á la orilla del Tiber, y el título de mi marido es francés.

—¡Ah! ¡sois casada!

—Sí señor, con Godofredo de Armagnac, príncipe del Sacro Romano Imperio y marqués de Letour.

—¿Qué edad teneis, señora?

—Cincuenta y cinco años.

—¡Misericordia!—exclamó el juez;—¡pues si apenas manifestais treinta ó treinta y cinco!

—Cincuenta y cinco, caballero; á las romanas, especialmente á las transtiverinas, la primavera de la juventud nos dura mucho tiempo.

—Parece imposible.

—Sin embargo, nada es más exacto; yo puedo probarlo con el testimonio de personas muy altas que me conocen, entre ellas el marqués de Esquilache: su esposa es una grande amiga mia.

La marquesa dijo estas palabras con una marcada impaciencia.

El alcalde, al oirla, entró, como suele decirse, en terreno de miedo.

Se trataba no ménos que de una grande amiga del poderoso marqués de Esquilache, y de una manera doble, porque era tambien amiguísima de la es-

posa del marqués, de aquella napolitana intrigante que lo dominaba todo.

Don Melchor se acordó entonces de la tabaquera real que habia encontrado en la alcoba de aquella misma sala, junto al lecho, en el velador, llena de aromático rapé portugués de contrabando.

Y como la práctica en los asuntos judiciales habia aumentado su natural perspicacia, de deducción en deducción vino á sacar en claro lo siguiente:

—Esta señora estaba secuestrada en esta casa, donde existe este salon casi régio, en cuya alcoba se ha encontrado una caja de tabaco del rey. Esta señora dice que es grande amiga del marqués de Esquilache y de su esposa. ¿Por qué estaba secuestrada esta señora en una casa donde viene el rey? Sin duda alguna, puesto que en esa alcoba se ha encontrado una tabaquera, que el rey no ha podido regalar, porque tiene su retrato y las armas reales, y que no es de presumir se haya robado al rey. Indudablemente, el rey viene aquí. ¿Y á qué viene aquí el rey y á una alcoba? El marqués de Esquilache hace lo que quiere de su majestad, hasta el punto de comprometer la cosa pública con un aluvion de reformas trascendentales, muchas de las cuales son buenas; pero que irritan á los españoles, porque los españoles se irritarán siempre con las reformas, sobre todo esta de los mantos, de las capas y de los sombreros. Necesario es, pues, para esto dominar completamente al rey nuestro señor, que aunque no es muy avisado que digamos, tiene junto á sí al marqués de Grimaldi, que no es